



BOLSILIBROS
EASA



FBI

**un hombre
va a morir**
J. TELL



6



colección
F.B.I.

© J. TELL

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes
I. S. B. N. 84-06-00882-2
Depósito legal: M. 28.846 - 1977

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafraanca del Bierzo. 32
Fuenlabrada (MADRID)

ed

**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

**un hombre
va a morir**

J. TELL

colección
F.B.I.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

Una limpia mañana de abril, un hombre cruzaba apresuradamente por el Home Park, de Windsor.

Asistió, confundido entre el público, a una ceremonia en la que estuvieron presentes la reina Isabel II y el príncipe Carlos.

El individuo en cuestión tenía unos ojos de córnea brillante, seca como porcelana, en la que el iris destacaba con un negro intenso. La falta de humedad en la retina, lo rotundamente negro del pigmento, provocaban en la persona a quien mirase una sensación de fricción, de herida en la piel.

Quizá por ello llevara gafas oscuras. Con ellas puestas, su rostro era vulgar y se perdía en el conjunto. Faz cuadrada y sin salientes, pelo liso, negro. Estatura mediana. Su traje tampoco llamaba la atención.

Abandonó el parque antes de que terminara la ceremonia, y llegó con el tiempo justo para tomar el tren que le conduciría a Londres. Descendió en la estación de Waterloo y fue hacia el puente de Westminster, que cruzó, alcanzando la Mood Street, al otro lado del Támesis.

Ante un edificio de estilo Victoriano, con un pequeño jardín rodeado de una verja, se detuvo por unos instantes. La corta calle era tranquila y apenas transitaba gente por ella. Se decidió y atravesó el jardín, llegando a la puerta.

A su llamada se abrió, enmarcando a una mujer que le invitaba con el gesto a explicarse.

—¡Hola, Karen! —la saludó el visitante.

Se trataba de una mujer alta, de cabeza de un rubio extrañamente rojizo, como oro enmohecido, y con los ojos verdes, de un verde de agua estancada y fondo legamoso.

La boca grande, sensible, que descubría una dentadura perfecta.

El cutis terso, que se extendía por igual en la cara, ancha, de frente despejada, y por cuello y los hombros, dando una impresión de desnudez, de limpieza.

Al oírse nombrar por aquel hombre hizo un gesto de extrañeza y se retiró un paso al interior. El visitante siguió su movimiento y se adelantó hasta ocupar el lugar en que había estado ella.

—Perdone, pero no creo... —comenzó a decir Karen.

—Han pasado muchos años y muchas cosas, querida —con un leve empujón de la mano derecha obligó a que la mujer retrocediera aún más, y se coló en el «*hall*», cerrando tras sí—. Se comprende que hayas hecho todo lo posible por olvidar los años de la guerra. No fueron precisamente agradables.

Aún no reaccionaba la mujer, pero empezaba a transformar su primer gesto de asombro en otro de horror.

—Quién..., ¿quién es usted? —preguntó, con la voz alterada.

—Tranquilízate, Karen. Desde luego, tú también has cambiado mucho, pero aun así yo te he reconocido en seguida.

El visitante accionó, llevándose la mano al lóbulo de la oreja derecha. Y empezó a hablar en alemán:

—Estuvimos poco tiempo juntos, Karen, pero yo creía haber sido para ti algo importante. Tan importante como para haberme dado un hijo...

—¡Eric!

El nombre había salido de la garganta de la mujer, mientras abría desmesuradamente los ojos. Palideció y semejaba que aún era más limpia, más desnuda su piel.

—¡Vaya! Algo es que recuerdes mi nombre... —dijo, sarcásticamente, el que acababa de llamar Eric.

—No es posible..., no es posible... Pero si tú...

—Ha habido muchos casos de éstos, Karen. Hombres a los que han dado por muertos, o en algún hospital donde no se les había identificado.

Conforme hablaba aquel hombre, Karen sentía como en su memoria se levantaban unos cortinajes que dejaban ver un paisaje desolado, tétrico. Casas en ruinas, enormes huecos en las paredes y en los techos, las calles levantadas y una multitud que corría enloquecida, atropellándose.

Después de la guerra, Karen se esforzó por olvidar todo aquello. Y en parte lo consiguió. La ayudó mucho el conocer a Walter Ripley y el que éste se diera cuenta de su desesperación y quisiera sacarla del infierno en que estaba.

Los últimos días de la guerra la habían cogido en un hospital dando a luz. El hospital fue bombardeado por los rusos, y a ella consiguieron salvarla, pero nunca más supo de su hijo.

Y de Eric, su marido, tampoco. Luego, una larga serie de penalidades, de estrecheces y de sobresaltos hasta poder salir del sector ruso y entrar en el inglés, donde conoció a Walter.

No contó a éste, sino que estuvo casada y que su marido y su hijo habían muerto.

Walter la creyó, y tras unas gestiones y trámites laboriosos obtuvo la autorización para casarse con ella y llevársela a Inglaterra, donde él paso al servicio de los Reyes, como oficial de Guardia de Palacio.

Quince años transcurridos. A veces, en sueños, volvían aquellas imágenes, y Karen despertaba aterrorizada, experimentando la sensación de que de nuevo se hallaba en aquel hospital.

Oía el estruendo de las bombas, los lamentos de los heridos y su propia tortura, mental y física, de dar a luz un hijo en medio de tal horror. Pero Walter la tranquilizaba y se desvanecía la pesadilla.

Ahora no era un sueño. Y Walter no estaba a su lado. ¿Qué estaba diciendo aquel individuo?

—Tardé mucho en localizarte. Estuve en el hospital, con una herida en el cerebro, cerca de ocho años. Perdí por completo la vista, y hasta hace poco, que me hicieron una operación, no he logrado ver. Pero he de llevar estas gafas continuamente.

Karen iba volviendo a la realidad y examinaba al hombre que decía era su marido. Si, su estatura era igual, y el pelo, y hasta el corte de la cara.

Cierto que el recuerdo que ella poseía era de hacía quince años que se acusaban en las canas de las sienes y en las arrugas de alrededor de los ojos.

Intentaba establecer la comparación, pero descubrió con ira que no conseguía evocar cómo era Eric antes.

—¿Y cómo puedo saber yo que eres..., que eres...?

No se atrevía a decir aquella palabra.

—Tu marido. Muy fácil, Karen.

Y sí que lo fue. Porque empezó a relatar detalles, cosas íntimas, que sólo ellos podían conocer. Entonces, el anonadamiento dio paso a la terrible realidad.

Karen se sintió desfallecer. Pensó que ella ya había presentido que aquel pasado tendría que hacerla su víctima en algún momento. Bien, ya estaba.

—¿Por qué has vuelto? ¿Qué es lo que quieres?

Es lo que preguntaba a los fantasmas. Eric se tocó de nuevo el lóbulo de la oreja y mostró la dentadura en una mueca.

—No te apures, Karen. Nada debes temer... si te decides a colaborar con nosotros.

—¿Con vosotros?

—Tú ya lo hiciste. ¿Recuerdas? Alemania no ha muerto, Karen. Estamos reorganizándonos. Aún quedan hombres que pueden llevar a cabo la gran obra que emprendimos...

Eric se expresaba con apasionamiento. Karen le oía experimentando la sensación de estar soñando. ¡Qué falsas le sonaban aquellas palabras!

Era increíble, pero las cosas parecían volver al punto de hacía años. La gran obra, Alemania... Sólo esperaba oír hablar de Hitler.

—... El Führer sigue aún vivo.

Se sobresaltó y fue a replicar, pero Eric continuó hablando.

—Su cuerpo ha desaparecido, pero nadie ha presenciado su muerte. Como el rey Arturo de los ingleses o Luis XVII de Francia, puede volver en cualquier momento. Pero su existencia es real, está en el espíritu de sus continuadores...

Karen oyó hablar de política, de la reunificación, del nuevo Nacionalsocialismo, y que Alemania volvería a ser lo que era.

Eric gesticulaba, no pareciéndose en eso a sus compatriotas alemanes, y se expresaba en un tono bajo, ronco, la voz de un fanático.

Bruscamente cortó su charla, y se encaró con Karen.

—Tú has de ayudarnos, Karen.

—¿Yo? ¿En qué?

Eric se aproximó más a ella.

—Antes, oye lo que ocurriría si yo descubriera mi personalidad. Resultaría que no estarías casada con tu actual esposo, que habrías

hecho una declaración falsa y legalmente serías bígama. La bigamia es algo que en este país se castiga muy seriamente.

Karen se encogió al oír aquello.

—Tú afirmaste que yo había muerto, pero no presentaste ninguna prueba de ello. Y como pasaste de la zona rusa a la inglesa, lo admitieron con sólo tu declaración firmada. Piensa lo desagradable que resultaría si yo me presentase bajo mi verdadera condición de marido tuyo... resucitado.

A Karen le resultaba imposible tragar saliva. Estaba segura de que el precio porque no sucedieran aquellas cosas, sería excesivo.

—¿Qué pretendes, Eric? No puedes intentar que yo...

—Tengo todos los documentos precisos, Karen. Los certificados de nuestro matrimonio.

—Aun así —se defendió Karen empezando a rebelarse contra aquella situación absurda—, no creo que te sirviera de nada. Yo también conservo la notificación del Gobierno en que me comunicaban que habías desaparecido. Y después del armisticio no tuve noticias tuyas.

Eric pareció vacilar.

—Sí, eso quizá te librara ante la ley. De todas formas, sería una situación desagradable. Pero hay otra cosa que no te he dicho, Karen.

El corazón de Karen latió descompasadamente. Sospechaba lo que iba a decir.

—Karen. —Eric espaciaba las palabras dándoles un acento amenazador—, también vive tu hijo.

—¡No! ¡Eso no es verdad!

Cambió por completo. Era lo que temía y deseaba oír. Muchas veces lo había pensado. Le dijeron que había muerto en el bombardeo del hospital, pero se resistía a creerlo. Si hubiera tenido otros hijos...

A consecuencia del pánico y de las complicaciones que se le presentaron tras rescatarla de entre las ruinas, quedó inutilizada, imposibilitada de ser madre. Por eso, la suposición de que viviera aquel hijo la trastornaba.

—Eric, di que no es cierto.

—Sí que lo es, Karen. La guerra ha dado lugar a muchas cosas asombrosas. Tu hijo, nuestro hijo, vive y está en casa de mi madre.

Supongo que ya no dudarás en colaborar con nosotros.

Aguardó a que la significación de sus palabras penetrara en la inteligencia de la mujer. Karen lo miró con un espanto nuevo.

Había captado el sentido de lo que intentaba decirle. ¿Y qué mujer cuyas entrañas están condenadas a no reproducir la vida, será capaz de perder la oportunidad de volver a tener el único ser que surgió de ellas?

—¿Qué he de hacer?

Eric volvió a sonreír. Había estado seguro del resultado. Karen ya no intentaba oponerse. Como en la fábula del cordero y la oveja, marcharía tras el hijo, aunque fuera a la muerte.

—Es muy sencillo, Karen.

Pasó a explicárselo. Y conforme lo iba haciendo Karen se sentía más abandonada, más atemorizada y llena de angustia.

Eric había entrado en Inglaterra con el propósito de promover un movimiento de simpatía hacia su patria. Su misión era desarrollar en los compatriotas que se hallasen en la isla, un sentimiento de protesta de recusación del inicuo desmembramiento de Alemania.

Naturalmente, trataría de llevar a su campo a personalidades inglesas para que fueran éstas las que hablaran, incluso algún miembro de la Cámara de los Comunes lanzaría su discurso a favor de la reunificación y resurgimiento del pueblo alemán.

Mientras, en Alemania, se intensificaban la propaganda, los mítines y las manifestaciones.

Hasta ahí las órdenes que traía Eric. Pero a éste se le había ocurrido algo mejor, mientras presenciaba la presentación de estandartes en Windsor.

Eric estuvo una media hora exponiendo aquel proyecto suyo. Karen no se atrevía a respirar del miedo que le inspiraba.

—No es imposible. Se puede hacer, Karen —decía con apasionamiento—. Por eso he venido a buscarte. El palacio de Buckingham estará apenas vigilado con ocasión de esa fiesta a la que piensa asistir la reina dentro de unos días.

—¡Estás loco, Eric! ¡Estás loco! —exclamó.

Sin hacerle caso Eric siguió hablando. Karen, sirviéndose de que su marido era oficial de la compañía de Granaderos de la Reina se procuraría información de la guardia que quedara en palacio aquel

día, y de las horas de los relevos.

Por su parte, Eric buscaría a los hombres necesarios para que se vistieran con los vistosos uniformes rojos y negros de los soldados de palacio, y sustituiría a los auténticos en el momento preciso.

Aquella parte era bastante difícil, porque los granaderos son los más altos de los guardias, por obligación midiendo todos seis pies y dos pulgadas.

Pero el uniforme, sin embargo, ocultaría el cambio de personas, ya que el morrión negro de pelo de oso ha de caer sobre los ojos, y el barboquejo ceñirle por debajo del labio inferior.

Karen se daba cuenta de que su primer marido no sólo había sido afectado por las heridas de la guerra en la vista, sino en todo su cerebro.

Pero, aun así, aquel plan descabellado, monstruoso, podía intentarse. Y contra todo lo que su razón le decía, contra el deseo de ir a denunciar a la Policía aquellas cosas, se levantaba la presencia de aquel hijo que de manera tan extraña había recuperado.

Sabía que era traicionar a su esposo, al hombre que tuvo compasión de ella, traicionar al país que la había acogido dándole refugio, traicionarse a sí misma, pero no podía acallar aquel grito que partía de su interior, que la llamaba desde lejos.

Y consintió en que Eric volviera allí por la noche y lo presentó a su marido y a su cuñada Maureen como un lejano primo, residente en Sudáfrica desde hacía mucho tiempo.

Walter lo acogió sin reservas. Y fue él quien insistió en que se alojara con ellos.

—Los alquileres han subido una enormidad —argumentó.

Karen no pudo evitarlo, y Eric se quedó en la casa en calidad de huésped.

Y tuvo que pasar por otra prueba peor, y fue el ver que Maureen tomaba un decidido interés por Eric.

Maureen, que se dedicaba a la literatura, era muy joven, arrastraba, como su marido, unos sedimentos románticos a los cuales son propensos los escoceses, no obstante ser tan buenos comerciantes.

Y como Desdémona cuando oía relatar a Otelio sus desdichas y hazañas en la guerra, que tanto la impresionaron que acabó casándose con él, así Maureen empezó a considerar a su huésped

como a un ser humano distinto del resto, y a observarlo con una expresión de simpatía y conmiseración bastante peligrosa.

Eric quiso sacar provecho de aquella situación. Y cortejó a la joven.

Una vez instalado en la casa, empezaron a salir juntos. Eric tomaba información de ella, dejándola que hablara con entusiasmo de cuanto se relacionaba con Palacio.

Una tarde, Eric llevó a Maureen a Princes Square, en Kennington, a una típica taberna de ambiente alemán, con el orgulloso título de «El Azor imperial».

Pidieron cerveza.

—Maureen, quisiera suplicarte un favor. —Eric se inclinó hacia ella al decir eso. La joven le observó con curiosidad.

—¿De qué se trata?

—No es nada importante. He quedado aquí con unos amigos. Cuestión de negocios. Sólo que no quiero que puedan vernos, ya que su trato conmigo es una pequeña deslealtad para con las casas en que trabajan. Ya sabes: cosas de exportación e importación.

Desde luego, Maureen no sabía nada, pero no tuvo inconveniente en aceptar aquellas razones. La exportación e importación sonaban con un acento que lo justificaban todo.

—¿Y el favor?

—Es muy sencillo. En la planta alta existe un reservado que se comunica con otro, sin salida, y con una ventana a un patio interior. Mi plan es que nos reunamos en la primera habitación nosotros como si estuviéramos merendando, o tomando el té, que es lo que vosotros hacéis. Mis amigos irán entrando por separado e introduciéndose en la sala del fondo. Luego, cuando ya estén todos, yo me reuniré con ellos y tú me esperarás un poco de tiempo. ¿Hace? A cualquier contrariedad que surja yo me reúno contigo, y así nadie puede creer que celebramos una entrevista para asuntos de negocios.

Maureen frunció la nariz. No le parecía muy ortodoxo el procedimiento. ¡Tanto misterio para un negocio! Y su posición no iba a ser muy...

—Escucha, querida —rogó Eric, cogiéndole una mano—: es algo muy importante, lo es para mí porvenir..., para nuestro porvenir.

Sin duda, Eric era un psicólogo extraordinario. Porque una

mujer se resistirá a realizar determinada cosa hasta que se convenza de que el hombre lo hace por ella. Maureen suspiró y entreabrió sus labios con una sonrisa aquiescente.

—Bien, si es necesario...

Eric se lo agradeció besándole la mano que retenía entre las suyas. Y la dejó para disponer el encuentro con aquellos infieles empleados.

¡Ah, los negocios de los hombres! Sola, Maureen se dedicó a un análisis de sus sentimientos con respecto al lejano primo de su cuñada.

No era su persona lo que le atraía. Maureen tenía la curiosa sensación de que Eric se levantaría en cualquier momento, se desprendería de las gafas oscuras, del traje y el pelo, y se presentaría ante ella con el aspecto con que se lo figuraba.

En esa espera, Maureen se convirtió en encubridora de Eric. Las tardes en que tenía que reunirse éste con sus amigos, Maureen lo acompañaba y quedaba sola en aquella habitación.

Se llevaba para distraerse alguna revista, tomaba cerveza y fumaba «Graven».

Eran hombres todos los que entraban. Hombres altos y con un algo común que la joven no supo qué era. Quizá la forma de andar o el corte de pelo...

Tal vez el hecho de que fueron todos oficinistas. Maureen se imaginaba a todos los empleados con un uniforme y marchando al mismo paso.

No notó, no obstante, la presencia de otro hombre, una figura furtiva, que proyectaba en las paredes una sombra alargada, que recordaba la de una raposa al acecho junto al hueco de una tapia de corral.

El pequeño hombre que fabricaba aquella silueta chinesca, especulaba sobre la importancia de aquellas reuniones.

CAPÍTULO 2

El mes de mayo encontró a casi todos los ingleses de la metrópoli en una actividad asombrosa.

De esta actividad, naturalmente participaban los centros policíacos, Scotland Yard, y los servicios de Información, el Intelligence Service, y las Oficinas de Investigación de la Marina, del Ejército y de la Aviación.

Se vigilaban los movimientos de los sospechosos. Escoceses, irlandeses y extranjeros de todos los países.

El agente del

F. B. I.,

Alan Davis, delegado por su gobierno para investigar acerca de los refugiados políticos, se presentó cierta mañana, en Scotland Yard.

—Amigo —informó al jefe—, me temo que se esté preparando algo. Me refiero, claro está, a los extranjeros que residen aquí en Londres. Para ser más exacto, a los alemanes.

El inglés no replicó ahora y se dedicó a observar el rostro del agente Davis. Poseía, a su juicio, unas facciones bellas, de rasgos clásicos, pero sumamente estirados, tensos.

—¿Piensa que puedan estar tramando algo? —inquirió.

—No lo sé —la reticencia de Davis hizo fruncir el ceño al inglés—. Desde luego, ellos se expresan estos días con mucho entusiasmo acerca de la reunificación, y también se refieren al resurgir del pueblo alemán, etcétera. Los alemanes van cargándose como ciertos acumuladores. Un grupo de ellos forma una batería llena de cierta energía fanática, que puede provocar corrientes.

—Perfectamente. No los perderemos de vista, y tendremos cuidado con esa corriente. Suele ser de alta tensión.

Davis quiso sonreír otra vez. El jefe del Intelligence bajó la

cabeza y agitó la mano, en saludo de despedida.

Alan Davis tenía más que sospechas. Le constaba que los alemanes llevaban varios días reuniéndose en una taberna de Princes Square.

Así se lo dijo el confidente, y añadió que se entrevistaban con un misterioso sujeto, al que no habían podido identificar.

La tarde de su conversación con *sir* Percy Sillitoe decidió ir a dicha taberna. Entró en «El Azor Imperial» y se creyó de nuevo en el Berlín de antes de la guerra.

Porque se trataba de una típica cervecería, y los parroquianos poseían todos el inconfundible aire germano. Ocupó una mesa en el salón de abajo y esperó.

Registró desde su puesto de observación la entrada de varios conocidos. Hans Stuller, Enrique Diezthal, Otto Brumer... No parecían muy alegres. El periódico con el que ocultaba su rostro era, para mayor ironía, el «Das Tablegat Zeitung».

Los vio subir a la planta alta. Aguardó un tiempo prudencial, y subió a su vez. Era una amplia sala, a la que daban varios reservados.

Quedó indeciso. Luego oyó voces provenientes del fondo. Se aplicó a la puerta de aquel reservado. Las voces eran las de un hombre y una mujer. Cesaron.

Decidió correr el riesgo, y empujó. No estaba cerrado con llave el reservado. Distinguió a una joven sentada en un ángulo de la habitación.

Leía una revista mientras fumaba un pitillo, y alargaba con regularidad su mano izquierda a un jarro con cerveza.

Levantó la cabeza, sorprendida. Las miradas de los dos se cruzaron. Antes de que pudiera decir nada, Davis se retiró. Se había equivocado.

Equivocado en dos cosas. En suponer que los alemanes era allí donde habían entrado, y en que las mujeres sean exactamente lo que representan.

Porque Alan Davis había conocido a Maureen hacía bastantes años, en tiempos de guerra, cuando Walter, el hermano de ella, y él, solían pasear, y la joven se les reunía participando en sus aventuras.

Davis había conservado el recuerdo de una niña con belleza casi inmaterial.

Tenía que admitir que una piel tan suave, unos cabellos tan finos y sedosos, y unos ojos tan intensamente azules, pertenecieran a un ser humano que, conservando tales atributos, estaba en aquel reservado fumando, bebiendo y con un hombre.

Encogiéndose de hombros para rechazar tales pensamientos, Davis fue recorriendo los demás compartimentos, hallándolos vacíos.

Desconcertado, los registró con minuciosidad. Los dieciséis alemanes que había visto entrar se habían esfumado.

Descendió al piso bajo. El dueño de «El Azor Imperial» era de origen germano, y pese a los años que llevaba en Londres —treinta y dos— no había perdido su acento ni su violento patriotismo, que durante la última guerra pudo resultarle molesto.

Davis se notó observado por él al salir del local. La desaparición de los alemanes le intrigaba. No cabía duda de que habían entrado allí y de que subieron a la planta alta.

Sólo cuando cruzaba el puente de Vauxhall cayó en la cuenta de un hecho extraño. El había oído la voz de un hombre en el reservado en que encontró a Maureen Ripley.

Pero no estaba allí. Y conforme a la disposición de los demás reservados, no existían huecos u otras habitaciones en las que se hubiera introducido, por lo que debiera estar presente.

¡Maureen Ripley! Se rebeló su ser contra tal sospecha. Pero la razón seguía estableciendo contacto con la realidad y haciendo sonar el timbre de alarma.

¿Dónde estaba el acompañante de Maureen cuando él miró en el interior del reservado?

Maureen también lo había reconocido. Y experimentó un gran sobresalto, como si hubiera descubierto que estaba en falta o cometiendo un acto desagradable.

Eric salió a interrogarla:

—Sentí la puerta.

—El camarero.

Eric movió con desesperación la cabeza y se introdujo de nuevo con sus compatriotas. Maureen se sintió molesta y empezó a creer que su papel allí era demasiado poco lógico.

En la habitación interior, con las paredes acorchadas, por lo que no traspasaban los ruidos, la atmósfera, saturada de humo

empezaba a cargarse también de electricidad.

Las nubes de humo tenían cargas positivas y negativas, y empezaban a surgir relámpagos amenazando con algún rayo fulminante.

—Esa idea es disparatada, Kruning —vociferaba Stuller, congestionándose—. Nunca oí una barbaridad semejante.

—¡Sí, lo es! —corroboró Jospel, que, al contrario que el anterior, se volvía pálido—. Ninguna persona sensata puede haberte dado tales instrucciones.

—Veo que los ingleses os tratan muy bien, y ya no os interesa Alemania —ironizó Eric.

—¡Vete al diablo! —tronó Diezthal—. Y olvídate de esta entrevista. Yo, por lo menos, no secundaré tus planes.

—¡Tampoco yo! —barbotó Liemman, aunque de una manera menos apasionada, con el aire frío y resuelto que le era habitual.

—Veo, muchachos, que no lo habéis entendido —pronunció Eric, con acento seco, restallante—. Mi misión aquí es que colaboréis con vuestra auténtica patria. Suponía que bastaría recordaros el lugar donde nacisteis..., donde aún tenéis familia. Diezthal, ¿cuánto hace que no recibes noticias de tus padres?

—Están en el sector norteamericano de Berlín. No pueden...

—¿No pueden qué? —a Eric le dio un golpe de risa, aunque la mirada ardiente seguía fija atravesando al grupo—. No os engañéis. Nuestra organización es poderosa, muy poderosa. Actúa igual en un sector que en otro.

Se irguió y avanzó hacia el centro de la habitación continuando:

—Os digo que Alemania volverá a ser lo que fue con Hitler. Ya tenemos nuevos caudillos que nos guíen. ¿Por qué os negáis entonces a colaborar?

Se movía entre ellos con la técnica aprendida de su maestro, el general Remer, el héroe del 20 de julio.

—¡Pues bien! No queréis ayudarme, y tendréis que hacerlo por la fuerza. Antes de venir a Inglaterra tomé informes de vosotros. No os he elegido al azar. Todos tenéis familiares, intereses en Alemania. Y vuestra negativa puede traer consecuencias para esas familias..., aparte de a vosotros mismos.

Jospel fue el primero en romper el silencio. Se puso en pie con el rostro demudado, temblándole el cuerpo.

—¡Escucha, Eric Kruning, o quien seas! —gritó más que dijo—. No volveré a hacer aquellas cosas, no las volveré a hacer. ¿Entiendes? Ni tú ni nadie podrá obligarme...

Eric lo sujetó por las solapas y lo atrajo hacia sí.

—¡Calla, idiota! ¿Crees que acaso podrás evitarlo? Aún no se han enterado aquí que fuiste un Schutz-Staffe (S. S., tropas de defensa del Ejército nazi), y no te iría tan bien si lo supieran.

—¡Prefiero eso al disparate que piensas cometer! ¡Suéltame!

Pero Eric, en lugar de hacerle caso, comenzó a abofetearlo con saña. Jospel se estiró, se sacudió bárbaramente, y fue a golpear a su vez.

—¡Firme! —rugió la voz de Eric.

¡Aquellos ojos y aquel ademán! Era el tono de mando de los jefes que había tenido durante la guerra. Y se envaró y colocó en posición de firme. Eric sonrió.

—Siéntate.

Jospel lo hizo. Ya no hubo oposición. Eric se ajustó las gafas oscuras de nuevo. La sonrisa de triunfo persistía en su boca.

—Salgamos ahora. Dentro de dos días nos reuniremos aquí, y concretaremos el plan.

Abrió marcha. Maureen, al verlo aparecer, abandonó su asiento, poniéndose en pie. El cenicero situado en la mesa frente a ella estaba lleno de cigarrillos a medio consumir, y su gesto era de enfado.

Eric se asomó a la sala y comprobó que estaba desierta. Regresó, y con una seña despidió a los sombríos miembros de la reunión.

—¡Eric, no me gusta esto! —manifestó Maureen, al quedarse solos—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Perdona, querida. He abusado de tu paciencia.

Eric se convirtió en un sumiso, y el mal humor, aunque no la intranquilidad de Maureen, se desvaneció.

—Me pareció oír gritar... —dijo.

—Sí. Uno de ellos es muy excitable. No es fácil aunar todas las voluntades.

Descendieron y atravesaron el espacio libre del establecimiento. Eric saludó al dueño, al gordo Burkard, que le guiñó un ojo.

Maureen se fijó en todos los parroquianos buscando al hombre que tanto la había conturbado. Pero no estaba.

No obstante, tras ellos salió un individuo que, con aire distraído, los rebasó y se puso a mirar un escaparate. Eric y Maureen caminaron por Kennington Road hasta el Lamberth, y cruzaron el puente.

No se dieron cuenta de que eran seguidos hasta la casa de Wood Street. El sujeto, que se había tornado en sombra de ellos, tomó nota del edificio y se retiró.

En los jardines del Parlamento le esperaba Alan Davis.

—¿Dices que ellos salieron después?

—Transcurrieron unos diez minutos.

Davis guardó silencio y pareció reflexionar.

—Y han entrado en casa de Walter Ripley —murmuró—. ¡Tal vez sean reuniones de amigos!

—Las reuniones amistosas de los alemanes suelen terminar en guerra —expresó, con pesimismo, el agente Davis—. Regresemos a la cervecería —decidió de pronto.

Lo hicieron así. Entraron y cruzaron por entre los parroquianos, muy numerosos a aquella hora. Subieron al piso alto.

Algunos reservados estaban ocupados, pero el del fondo, en el que Davis encontró a Maureen, estaba vacío, aunque cerrado. Ningún ruido, y tampoco pasaba luz por las rendijas.

Probó el agente del

F. B. I.

con una llave maestra, y entraron, cerrando tras de sí. Elmer proyectó el foco de una linterna al frente.

Comprobaron que, en efecto, aquel reservado daba paso a otro. Estaba ocupado por una veintena de sillas, una mesita de las de tomar té y otra mayor, de despacho.

Se veían varios ceniceros repletos de colillas, vasos en los que aún quedaban restos de cerveza. Por estar cerrada la única ventana que poseía, la atmósfera era casi irrespirable.

—¡Conque éste es el lugar! —oyó Elmer a su compañero.

Oyeron rozar en la puerta y el ruido de la llave accionar la cerradura. La linterna que empuñaba Elmer se apagó. Ninguno de los dos hombres advirtió al otro —que es lo que ocurre siempre en estos casos— de que guardara silencio.

Se encendió la luz de la primera habitación. Dos hombres, uno de ellos Burkard, habían penetrado en ella.

—No me gusta ese tipo, Gottfried. No me inspira confianza — resonó la voz.

—Sabe lo que quiere, ¿no? Es alemán, ¿no? Para mí, basta — respondió el dueño de «El Azor Imperial».

Hablaban en alemán, lo que para Davis resultaba más inteligible que oírles farfullar un mal inglés.

—Tú no fuiste nazi, Got.

—Alemania, sobre todo.

El gordo cervecero seguía siendo un patriota formidable.

—Alemania, bien, Got —aprobó su compañero—, pero me temo que sobre nuestros compatriotas se esté cerniendo la sombra de Hitler. Me he fijado en sus rostros cuando salían. Tenían miedo. Ese hombre se lo ha inspirado.

Elmer estornudó en ese momento. Un estornudo que, por haberlo estado aguantado, poniendo en práctica todos los recursos conocidos, estalló como un petardo.

Los dos alemanes guardaron silencio, sobrecogidos por el estruendo, pero empezaron a reaccionar.

—¡Pronto! —advirtió Davis—. Van a entrar aquí. Es necesario impedir que nos detengan.

La puerta de aquel otro cuarto se abrió bruscamente. Y Elmer y Davis se precipitaron por ella como dos potros en un rodeo americano.

Davis hundió su puño en el prominente estómago de Burkard, y Elmer sacudió un guantazo al compañero, que era un rubio asténico y frío como una tajada de melón glacé.

Y bajaron las escaleras y cruzaron el salón como dos exhalaciones. No vieron la cara de asombro del hombrecillo instalado en el mostrador. Ni la astucia que después apareció en sus ojos.

Pagó su consumición y salió a la calle frotándose las manos, con el gesto que hizo famoso a Moliere interpretando el papel de su mejor creación: Harpagón.

Los dos agentes hicieron alto a bastante distancia de allí. Y Davis ensayó una risa que provocó dentera a su compañero.

—¿Qué habrá querido decir con eso de la sombra de Hitler?

—No lo sé. Y parece que ellos tampoco. —Davis miraba delante de sí con fijeza—. De lo que estoy seguro es de que no me gusta

nada ese misterioso sujeto.

—¿Qué piensas hacer?

—Es necesario saber lo que se oculta detrás de todo esto. Lo mejor será entrevistarse con Ripley... Pero antes quiero saber algo más de ese hombre. Instálate cerca de la casa, Elmer, y síguelo cuando salga solo... o acompañado.

—Bien.

Sin más indicaciones se apartó, marchando al puesto que le habían señalado.

Davis escapó de la dolorosa meditación en que había caído, y caminó también, pero en dirección contraria. Estaba rememorando aquel período de tiempo que pasó en Dachau.

Era estúpido imaginar que nadie quisiera resucitar tal época, pero Davis presentía, notaba también la sombra de Hitler enturbiando la límpida serenidad del cielo británico en aquel mes de mayo.

CAPÍTULO 3

Maureen estaba leyendo en su cuarto. Y de paso oía la radio. El programa la aburría terriblemente, y la cerró, con un suspiro. Se dirigió luego al comedor.

Se había hecho el firme propósito de no volver a la cervecería aquélla y consentir en ser usada de pantalla..., aunque fuera para unos negocios. Así se lo había dicho a Eric, con la esperanza de que éste le replicara, pero se había limitado a asentir.

Walter prestaba servicio en Malborough House, y estaban, por lo tanto, solos aquella tarde.

Para estar en ambiente, cogió un libro de Walter Scott, se tendió en la cama y quiso leer.

No había acabado una página, cuando del comedor le llegó el sonido de unas voces que discutían. No podían ser sino su cuñada Karen y Eric. Intrigada, se incorporó y fue hacia la puerta. Las voces se oyeron con más claridad, pero Maureen tuvo que confesarse que no entendía en absoluto lo que decían.

Cayó en la cuenta de que empleaban el idioma alemán. Se acordó de que Karen y Eric eran de allí, aun cuando ambos hablaban perfectamente el inglés con toda perfección.

Suspendió la lectura al oír que alguien sollozaba en la habitación de al lado. Era la alcoba del matrimonio y necesariamente tenía que ser Karen.

Se arrojó de la cama de un salto y se dirigió a la puerta.

Era Karen, efectivamente, y se encontraba echada, atravesando la cama, con la cabeza hundida en la almohada. Su bello cuerpo se estremecía bajo los esfuerzos del llanto.

—¿Qué te ocurre, querida? —preguntó ésta.

—Maureen, me alegro de que hayas venido. Escucha: no debes

salir más con él.

A Maureen le hizo muy mal efecto aquella advertencia. Y su barbilla se adelantó de una forma poco femenina.

—Supongo que te referirás a Eric —expresó con frialdad.

—Sí. Escucha, Maureen, yo no puedo explicarte... Pero no debes ir con ese hombre. ¡Oh, si pudieras comprenderme!

Maureen creyó adivinar a su cuñada. Y la indignación se extendió por su interior como el ardor de una copa de coñac francés.

—¡Conque aquél era el misterio! Ahora recordaba que el retraimiento y la hosquedad de Karen se habían iniciado con la llegada de su lejano pariente.

Karen leyó aquella interpretación en la cara de su joven cuñada. Y sus ojos se agrandaron.

—¡Oh, no, Maureen! ¡No es eso! ¡No debes pensar eso!

—No sé qué razones pueden aconsejar que yo deje de salir con Eric, Karen. Si tú me las das...

Karen se retorció las manos. A Maureen le impresionó el sufrimiento que parecía tener. Aquella faz de piel tan tersa, la frente tan despejada y el pelo de raíz tan tenue parecía más bien una aureola formada por delgados filamentos brillantes. Y los grandes ojos verdes, dos charcas en los que la angustia se retorció en el fondo como serpientes entrelazadas, aquel conjunto resultaba trágico y atormentador.

—No puedo decirte nada, Maureen. Pero debes creerme. Y no salir con Eric. Debes apartarte de él.

A Maureen le exasperó tal actitud. Era absurdo que no pudiera decirle por qué le parecía mal que saliera con su primo, lo que la llevó a elevar a definitivas sus sospechas.

Siempre consideró a Karen también, dentro de su corte exótico, como encubridora de algún tremendo secreto, como si fuera un misterioso personaje que ocultaba una personalidad bajo la apariencia corriente de una mujer de su casa.

Lo intranquilizador era que aquella serie de descubrimientos no menguaban su interés por Eric, sino que le daban un nuevo impulso.

Ella estaba segura de que el hombre era la víctima. O quizá lo fueran los dos de un raro destino, y no hallaban la forma de escapar

de él.

Clavó en la desencajada cara de su cuñada una mirada acusadora.

—Karen, tú no deberías haber hecho una cosa así. No. No deberías. Mi hermano ha sido bueno.

Karen dejó escapar un gemido de imposible clasificación y hundió de nuevo la cabeza en la almohada.

Maureen la compadeció, y estuvo tentada a decirle que no se preocupara. Pero, claro está, no podía aceptar una situación así. Era un engaño vil a Walter, y a ella le constaba lo profundamente enamorado que estaba su hermano de su mujer.

Dejó que Karen siguiera llorando, y salió del cuarto. Algo tendría que hacer. Desde luego, su resolución de no acompañar en unos días a Eric había desaparecido, siendo sustituida por la de no apartarse de él ni un segundo.

Era el medio de que Walter no sospechara nada, y de conseguir, al final, que abandonase la casa, aunque fuera fugándose con ella.

Al ir a ganar la entrada de su cuarto, distinguió a Eric que avanzaba por el pasillo. Con un ligero movimiento se introdujo dentro de la habitación y miró por la rendija dejada ex profeso.

Eric no fue hacia el comedor, sino que se paró directamente frente a la alcoba que ella acababa de abandonar.

Y, sin llamar, empujó la puerta y entró. Maureen vio confirmados sus temores.

Se aproximó a la puerta aquélla, dejando la de su habitación abierta, para encerrarse en caso de apuro y escuchó. De nuevo hablaban en alemán.

Karen ya no lloraba, pero lanzaba unos suspiros enormes. La conversación se mantenía en tono bajo, susurrante. Se rompió con unas exclamaciones de mayor intensidad que dejó oír Karen. Y después un sonido de fácil traducción: una bofetada.

Maureen se estremeció como si se la hubieran dado a ella. Estuvo tentada a irrumpir allí y enfrentarse con aquel salvaje... Reflexionó que ella no podía hacer tal cosa. No cabía duda de cuáles eran las relaciones entre Karen y su primo.

Se hubiese sentido llena de asombro y desencanto —pues seguía empeñada en atribuirle a Eric la condición de príncipe de la Caballería, aunque disfrazado—, si hubiera podido entender lo que

decían los dos personajes del drama.

—¡Es necesario que obtengas de tu marido esa información! —decía Eric, cuya mirada luciferina, a través de las gafas oscuras, se clavaba en la extensa superficie epidérmica, limpia, sin mácula, del rostro y escote de Karen.

—El nunca me habla de esas cosas —repetía ella, echándose hacia atrás, como si experimentara el empuje físico de los ojos de Eric.

—No se lo habrás preguntado tú. Has de hacerlo, ¿entiendes? Cuántos hombres habrá en palacio ese día, dónde guardan los trajes de los guardias, y todos cuantos detalles nos sean de utilidad.

—¡No! ¡No podré hacerlo!

Fue entonces cuando Eric le dio la bofetada a la que había sido su mujer. Karen se mordió la mano derecha para acallar el grito que iba a soltar.

—¡Lo harás! —conminó Eric—. Piensa en las consecuencias que puede traerte la negativa.

Eric abandonó con una sonrisa curvándose el labio inferior. Entró en el comedor, donde se sirvió una copa de «whisky», y se sentó a leer el artículo de fondo del «Times».

Maureen, movida por una decisión que no se cuidó de analizar, entró entonces en la habitación de su cuñada, a la que encontró sentada en la cama, con los ojos extrañamente abiertos, jadeando, pero sin derramar ninguna lágrima.

Maureen supuso que estaría padeciendo grandemente. Pero no estaba dispuesta a compadecerla.

—¿Piensas negar ahora lo que existe entre Eric y tú? —desafió.

—Maureen... —imploró aquella trágica figura.

—No temas que vaya a decirte nada a mi hermano —se apresuró a tranquilizarla—. No quiero que sea desgraciado. Sé lo mucho que te quiere. Pero tampoco estoy dispuesta a tolerar que esta situación continúe, ¿comprendes? —Y con un gesto altivo, se retiró.

Karen, por un momento, pensó en revelarlo todo, más cada vez que tomaba una determinación así se congelaba su interior, se le formaba como un bloque de ácido carbónico en el que se conservaba sin descomponerse el cadáver de aquel hijo que ahora sabía vivo.

Y se calló. Al regresar su marido aquella noche hizo ella una

pregunta con los labios temblorosos:

—¿Qué escolta llevará la reina el día veinte de mayo a esa fiesta en Covent Garden? ¿Irán todos los guardias?

Walter la miró intrigado, pero afectuoso.

—No, querida. ¿Qué idea te ha dado?

—Entonces, ¿quiénes quedarán en palacio?

Walter se echó a reír.

—¿Sabes que me resultan sospechosas tus preguntas? —dijo, y la atrajo contra su pecho, besándola—. Nunca te has interesado por cosas del servicio.

Y a continuación, demostrando que no en balde nuestro padre Adán se dejó seducir por nuestra madre Eva, pasó a contar a su mujer cuanto se relacionaba con aquella fecha:

En el palacio harán guardia los Granaderos y Escoceses, relevándose cada dos horas, como hasta la fecha. Y todos los servicios, tanto en Buckingham, como en Clarence House, y en Windsor, se harán sin interrupción.

Amplió aquella información describiendo donde se guardaban los trajes, en Caterham, el cuartel donde los reclutas se entrenan el tiempo que tardan en pasar a la condición de guardias.

Luego volvió a besar a su mujer, con el rostro feliz de quien satisface el capricho de un ser a quien ama.

A Karen, su sonrisa le hizo daño, y cuando, con todos aquellos datos, se llegó a la habitación que ocupaba Eric, una pena infinita la embargaba.

—¡Espléndido! —aprobó aquel fantasma, que volvía irreal cuanto lo circundaba—. Todo resultará fácil.

—Eric, no es posible que quieras hacer eso. Es una locura. Tú sabes que es una locura.

—¡Calla, maldita!

Karen retrocedió, asustada. La figura de Eric, con sus gafas oscuras, le provocaba un temor casi supersticioso.

Dejó, pues, a Eric, sin intentar discutir más con él. Al salir de su habitación se cruzó con Maureen. La acusación, el reproche que descubrió en su mirada, la hicieron sentirse más angustiada.

Por su parte, a Maureen le horrorizó la forma en que iban desarrollándose los acontecimientos. Si Karen ya no se cuidaba de entrar y salir de la habitación de su primo y éste del cuarto de ella,

era inevitable que Walter los sorprendiera alguna vez.

Se sintió desfallecer al imaginarse los resultados de tal situación.

Y siempre creyendo que su impulso era desinteresado —sin confesarse que seguía atrayéndola el misterio que parecía envolver al hombre aquél, de apariencia vulgar, y ahora con mayor fuerza por suponer que era una intriga amorosa—, penetró en su cuarto.

Eric estaba de pie, vuelto de espaldas. Maureen vio que tenía las gafas oscuras en la mano, y las limpiaba.

—Eric —llamó.

Observó cómo se inmovilizaba. Y después, con ademán súbito, se colocaba las gafas y se volvía.

—Eric —repitió adelantándose—, vengo a disculparme por mi destemplanza de antes. Me parece una estupidez, si es verdad que lo necesitas, no acompañarte a la taberna de Princes Square. Y quería que lo supieras.

—Está bien, Maureen, te lo agradezco —fue lo único que dijo él.

—¡Eric, si supieras cuánto deseo estar contigo! —enrareció de pronto ella la atmósfera con un grito apasionado.

Aún pensaba que representaba el papel de víctima sacrificada a la felicidad de los demás, pero un sacrificio no enteramente desagradable, ya que la fascinaba y producía un escalofrío de placer el pensar en ser inmolada.

Eric hizo —lo que probaba cierta cordura en medio del caos de su cerebro— lo que exigía el momento. Inmoló a Maureen como ella quería, es decir, la besó.

Y mientras sus labios estuvieron unidos, Maureen trataba de ver a través de las gafas oscuras del hombre. Se estremeció al llegarle aquella desgarrante, dura mirada.

Sí, allí había un peligro que no suponía la muerte, sino de extrañas aventuras y luchas hasta que él se librara del encantamiento que lo tenía bajo aquella forma.

Desde luego, no se produjo un hecho semejante pero sí algo que vino a romper el hechizo.

Sonó a espaldas de Maureen una exclamación de asombro. Se libró de los brazos de Eric y se volvió. Karen los estaba contemplando con una expresión de pavor en sus grandes ojos.

—¡Oh! —se le fue de entre los labios como un globito que estalló en el aire.

Maureen pasó por su lado con el aire arrogante con que los granaderos al servicio de su hermano hacían la ronda por delante del palacio de Buckingham.

«Era lo mejor», meditaba mientras se dirigía a su cuarto. Ella se había sacrificado por la felicidad de su hermano. ¿Sacrificado?

De nuevo el no saber alemán la privó de enterarse de la verdad. Porque a sus oídos llegaron las palabras que decía su cuñada y Eric, pero absolutamente ininteligibles. Lo que sí entendió fue el sonido de otra bofetada.

Quiso volver y evitar que Eric la siguiera castigando, pero Karen salía en aquel momento del cuarto de su primo, dando unos sollozos extraños, secos como el aspirar de una bomba en un pozo sin agua.

Maureen se acercó a la alcoba, preocupada, no fuera que su hermano hubiera oído algo. Pero junto a los gemidos de Karen le llegó entonces otro sonido inconfundible.

El capitán Walter Ripley roncaba.

CAPÍTULO 4

—¿No sabes qué traje llevará la reina a la fiesta de Covent Garden?
—preguntaba Maureen a su hermano.

Estaban desayunando en el comedor. Y solamente hablaban Walter y ella. Maureen se asombraba de lo confiado que puede ser un hombre. Allí estaba su hermano charlando y comiendo, sin percatarse del sombrío rostro de su mujer, y de la equívoca presencia de Eric.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta. La doncella y la cocinera, en una pieza, que les servía, salió a abrir.

—Un señor..., un señor —el vocabulario de Caroline era muy limitado, pero la falta de palabra la suplía con gestos. El que hacía en aquel momento trataba de representar a un indeterminado ser pequeño y escurridizo— pregunta por usted, —y señaló a Eric.

Eric saltó y se puso a temblar, asombrando a la joven. Luego se tranquilizó, aunque el temblor seguía acusándose en las manos.

—¿Ha dicho mi nombre? —inquirió.

—Pues... no. Pero ha preguntado por el señor de los ojos tapados y...

—Está bien, que pase.

Mauren se levantó para irse. Y cuando salía de la habitación se cruzó con el visitante.

La primera impresión de Maureen fue asociarlo con un gato cubierto de pelagra, hasta que el hecho de haber leído hacía poco un artículo del «llustrated» acerca de los animales del desierto, le hizo recordar al curioso «fenec», el diminuto zorro de aquellos parajes.

El hombre aquel tenía la faz larga, los labios y la nariz sumidos, en punta, y sin barbilla apenas, el cráneo pequeño y unas orejas

descomunales, pero con la peculiaridad de que el lóbulo estaba pegado a la cara, dejando únicamente libre la parte de arriba, que se separaba y remataba en una excrescencia carnosa, como una carúncula de gallo.

Aunque ninguno de aquellos signos exteriores lo retrataba bien. Lo más singular era el miedo, el terror que se desprendía de toda su persona.

Preguntándose quien podría ser, Maureen se ausentó. Caroline remachó su cuadro de observaciones haciendo un guiño a su señorita y cogiendo a un imaginario bicho con los dedos índice y pulgar por la cola.

El supuesto habitante del desierto «Megalotis Zerda», más conocido por «fenec», miraba al hombre alto que lo enfrentaba, y volvió la cabeza con un rápido movimiento hacia la puerta que acababa de cerrarse.

—¿Quién es usted? —preguntó Eric.

—Modrea —respondió, mientras cambiaba de posición, el individuo, y siguió filiándose—: Soy de Bucarest. Estoy aquí, en Inglaterra, como refugiado. Me dedico a la compra y venta... de cuanto está en compra y venta.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —restalló la voz de Eric, haciendo dar otro salto al diminuto rumano.

—Se lo explicaré. Mis principales clientes son los extranjeros, como yo, desplazados de sus países de origen. Siempre tienen algo que vender, objetos que pudieron traerse de allí, y de los que han de desprenderse porque la vida no es precisamente fácil en la metrópoli...

—¿Cree que yo tengo algo que vender?

Tercer salto, que lo llevó tras un sillón. Modrea, antes de replicar, examinó lo que le rodeaba.

—Soy yo quien tengo que vender —adelantó—. Oiga, sé a lo que ha venido a Londres. Conozco a casi todos sus compatriotas, y me extrañó que empezaran a reunirse. Luego, lo seguí a usted...

Eric se lanzó contra el asustadizo Modrea, pero detuvo su acción porque éste había pasado a situarse a su espalda, en un movimiento tan raudo que apenas pudo seguirlo con la vista. Y desde allí se puso a chillar:

—¡No haga tonterías y deje que hable! ¡Al final me lo

agradecerá!

Eric le dio la cara, volviéndose con lentitud. Y esperó.

—Ya le he dicho que compro y vendo cuanto se me ofrece. A usted puedo venderle información. Por otra parte, usted no puede moverse sólo en Inglaterra. No conseguirá llevar a cabo su misión.

—¿Qué sabe de esa misión?

—Lo sé todo. Hasta lo que se propone. Y estoy de acuerdo con usted. Es un buen plan, aunque sólo fuera para sacar dinero. Conozco el alemán y casi todos los idiomas de Europa Central, y he oído lo que se rumoreaba después de presentarse usted en Londres. Sé que trabaja para el nuevo nacional-socialismo, aunque ese plan sea exclusivo suyo...

Modrea hablaba de prisa, como si quisiera impedir que el otro lo interrumpiera.

—A usted le hace falta un hombre de confianza, un lugarteniente... Usted necesita alguien que le informe de lo que piensen hacer sus propios compatriotas. Todo se vendrá abajo si alguno hablara —insistió, y de sus ojos se derramó una luz astuta—. Ellos tienen miedo, pero tal vez no sea suficiente.

Aquello era verdad. Y Eric lo señaló, inclinando ligeramente la cabeza.

—Y también que le avise de si la Policía sospecha algo. La Policía inglesa —esto lo dijo con acento quejumbroso— es la mejor del mundo.

Y dejó caer, como colofón de lo dicho:

—A usted lo siguen ya. Desde ayer. Toda la tarde ha estado un agente del

F. B. I.

en el bar de enfrente de esta casa. Y esta mañana también está.

El que brincó ahora fue Eric.

—«¡Teufel!». ¡Eso no es posible! —barbotó, y se tiró otra vez contra Modrea, consiguiendo que el hombrecillo se deslizara a otro rincón como una sombra.

—Sí que lo es. Lo siguió desde «El Azor Imperial», pero no se apure, no sabe nada. De lo contrario, ya lo hubiera detenido a usted.

Eric comenzó a pasear por la habitación, sumamente nervioso. La revelación hecha por Modrea le había intranquilizado.

El hombrecillo lo miraba con una especial ironía. Su faz de «fenec» se mantenía quieta, inexpresiva, pero los ojos vigilaban, no sólo al hombre que tenía delante, sino a cuanto encerraba la habitación.

—Tendremos que matarlo —manifestó el alemán—. Todo lo estropeará, si no, ese maldito polizonte.

Las orejas de Modrea se movieron, acusando aún más su carácter vulpino.

—¡No, matarlo, no! —objetó, con voz chillona—. Eso haría que se pusieran en nuestra persecución todos los policías de esta nación y de Norteamérica. No conoce a los ingleses... y al

F. B. I.

—¿Qué solución hay, entonces?

—Apartarlo durante unos días de nuestro camino. No es difícil. Yo lo he usado otras veces.

No era necesario que lo explicara. Su rostro, como en esos demonios de los cuadros de Teniers, poseía la rapacidad y la astucia que le llevarían a usar, de cualquier medio no legal.

—¿Raptarlo?

Dio un paso adelante Eric al decir aquello. Y Modrea saltó de costado.

—Sí. Conozco una casa en Rotherithe donde no tienen inconveniente, por algunas libras, en guardar a quien sea.

Eric se inmovilizó en el centro de la habitación. Con las gafas oscuras semejaba un maniquí, contrastando con la viveza, la atención de Modrea.

—Bien, pienso que puede ser lo mejor —recobró la vida Eric al hablar, y hubo un gesto de descanso en el lugarteniente que le había salido—. ¿Cómo llevaremos a efecto el rapto?

—Sencillo. Conozco a dos sujetos que son ideales para eso. Los mismos que se encargarán de vigilarlo en Rotherithe. Únicamente...

Hizo un ademán de fácil traducción. Eric asintió. Y al poner en manos de aquel individuo el dinero, tácitamente aceptó su colaboración. No le quedaba otro remedio, y, pensándolo bien, era conveniente.

—¿Cómo lo harán?

—Usted espere un par de horas, y se habrá resuelto el asunto. Pero no se mueva de aquí, porque entonces ese hombre se iría en su

seguimiento. Ya le avisaré cuando haya de salir.

Modrea, seguro ya de haber alcanzado el puesto que opositaba, y haciendo cálculos del tanto por ciento que le quedaría de aquel fajo de billetes que llevaba en el bolsillo, se despidió.

Caroline, al abrirle la puerta para que saliera, chascó los dedos de forma significativa, de lo que se percató el rumano cuando ya estaba fuera.

Encogiéndose de hombros, atravesó el angosto jardín y luego la calle, y penetró en el bar en que aguardaba el agente del F. B. I.

Su aviesa mirada lo descubrió sentado en una mesa junto a la ventana, desde la que se veía perfectamente la casa de la que Modrea había salido.

Modrea, después de comprobar que el agente no daba señales de querer irse, se llegó a la cabina de teléfono y marcó un número.

—Pot —reclamó, con el hocico pegado al micrófono—. Oye. Quiero que vengas a Wood Street, que te acompañe tu hermano Howard. No tardéis. Hay dinero.

Colgó, tras su afirmación. Y regresó al local ocupado por mesas, sentándose en una próxima a la del agente. Elmer lo miró y esbozó una sonrisa.

—¡Hola, Modrea! —saludó.

Modrea pareció sobresaltarse.

—¡Vaya! —dijo, por fin—. El señor Elmer Rogers. Hacía mucho tiempo que no le veía.

—Mucho no es la palabra exacta —puntualizó el agente. Y aclaró—: ¿Cuándo saliste de la cárcel?

—Hace tres meses —reconoció Modrea.

—No debieron dejarte salir. Yo no lo haría.

—¡Oh! ¿Por qué?

—No eres de fiar.

—Le aseguro que llevo una temporada...

—Tres meses.

—... de portarme con la mayor legalidad.

—Nunca lo has hecho. Serías capaz de vender a tus padres, en el supuesto de que los tuvieras, por dos chelines. Uno por cada.

—Se equivoca. Quizá por más dinero.

Elmer no acertó a interpretar lo que aquella mirada intensa

quería decir.

—¿Qué negocios tiene en esa casa? —preguntó, en cambio, y con cierta exasperación por no saber lo que se traía entre manos aquel individuo.

—Ya sabe. No creo que me detenga si le digo que he vendido a las señoras de la casa unas medias que no eran de fabricación inglesa y unas barras de labios también de fuera.

—Un día te costarán caras esas cosas.

—Me cuestan caras, pero las vendo más aún.

Se permitió reír, y parecía una sierra metálica cortando una barra de acero.

—Oiga, señor Elmer —se volvió confidencial.

Al tiempo de inclinarse hacia el agente registró la entrada de los dos hermanos.

Hizo un guiño, y Pot se fue al interior, a los servicios, mientras Howard se pegaba a la barra.

—Voy a decirle una cosa, y así le convenceré de mis buenos deseos de colaboración. En esa casa he visto a un hombre que no me ha parecido inglés. Lleva unas gafas oscuras y su acento me recuerda a los alemanes de Turingia...

—Si Bernard Shaw te hubiera conocido, te habría hecho protagonista de «Pígmalión» —dejó traslucir su amargura el agente.

Modrea se separó de su asiento y fue al interior del bar. Pot le estaba esperando.

El rumano se le aproximó medrosamente, pues Pot era un gigante de siete pies, con una complexión de encina centenaria y una orografía facial tan abrupta como un paisaje alpino.

—¿Qué negocio es?

—No hables alto. Se trata de ese hombre con el que estoy. Es necesario llevarlo a la casa y tenerlo allí unos días. Lo haremos como otras veces.

—Bueno.

El hombretón alargó su mano derecha, de tamaño igual a la pala de una excavadora mecánica. Modrea colocó en ella unos billetes. Pot sacudió la cabeza y se añadieron otros billetes. La mano se cerró.

Modrea apareció primero y se sentó otra vez junto al agente, que vigilaba, ahora con cierta impaciencia, la casa de enfrente. Su vaso

de cerveza estaba mediado.

Pot se instaló al lado de su hermano. Y empezó a representar su papel. Le dio un empujón con el hombro. Howard replicó con un derechazo al pecho del otro, tan mastodonte como él.

Los dos hermanos empezaron a zurrarse la badana entre blasfemias y gruñidos.

El dueño del bar principió a dar unos gritos desgarradores, y los clientes que rodeaban la línea imaginaria del cuadrilátero de la pelea se retiraron con apresuramiento.

El agente trituró una maldición entre los dientes, pero no se movió.

Tuvo que hacerlo, ya que Howard fue proyectado contra él, y se lo tuvo que quitar de encima.

Después, y tan impensadamente como el empujón que se habían dado, se vio envuelto entre los dos hermanos, tratando de separarlos y recibiendo algunas caricias que le hicieron desear, el poseer en aquel momento un rifle para la caza de osos.

Por último, logró zafarse y regresar a su puesto. Un «constable» bloqueó la entrada, y su sombra amenazadora separó a los dos colosos con la eficacia que lo hubiera hecho el bisturí que intervino en los siameses Brodie.

Elmer vio cómo se justificaban, cómo el «constable» les echaba un discurso y los dejaba con la conminatoria orden de que salieran de allí al instante.

Con un suspiro de alivio, el agente se tomó su cerveza helada. Y buscó con la mirada al pequeño rumano. Estaba en medio del grupo de prudentes parroquianos, y sus ojos expresaban más terror que nunca.

No le extrañó por eso que se apresurara a pagar y a marcharse, despidiéndose de él con un tímido saludo.

Modrea telefoneó desde un estanco situado unas cuantas casas más allá. Y lo hizo al hombre nervioso que aguardaba paseando por el interior de una habitación.

Dos mujeres lo vigilaban a su modo, la una, llena de angustia, que aumentaba conforme pasaban las horas, y la otra, alimentando con su imaginación el extraño sentimiento que seguía dominándola y que la hacía suponer que estaba de alguna forma ligada al terrible destino de aquel hombre.

Por eso, al marcharse Eric no pudo surgir entre ellas la comprensión. Y Karen se sintió aún más sola, observando cómo todo seguía su curso y sin que ella pudiera variarlo, sujeta por el cordón que la unía al hijo que de manera tan prodigiosa recobraba.

Nada más salir de la casa Eric, el agente Elmer lo siguió. Le extrañó la pesadez de las piernas y brazos, y cierto mareo que nubló su vista.

Lo atribuyó a que el día se presentaba caluroso y a que la cerveza siempre le producía un especial amodorramiento, sobre todo el tomarla en ayunas.

Sólo al llegar a la plaza del Parlamento tuvo conciencia de haber sido engañado. Una náusea violenta y un desfallecimiento gradual se apoderaban de él.

Quiso volverse y recurrir a los policías que transitaban por la plaza y por la esquina de Whitehall, pero en aquel momento se pusieron a su lado dos individuos, a los que creyó reconocer, y lo sujetaron por los brazos.

—¿Se siente mal? —preguntó uno de ellos.

Quiso responder, pero la lengua se negó a ello. La notaba gruesa y como si le obstruyera la respiración, como un trozo de carne que intentara tragar sin conseguirlo.

Distinguió también un coche que paraba junto a ellos. Realizó un último esfuerzo por desprenderse, y se le doblaron las rodillas. Varias personas se habían detenido a contemplarlo. Un policía se acercó al grupo.

—Es nuestro primo —informó el «gorila» de la camisa verde—. Ha venido de fuera, y se conoce que no resiste el «*whisky*» de la ciudad.

Algunos se rieron. Elmer quiso decir algo, que el policía supiera quién era, pero de su garganta no salieron sino ruidos. Y se desvaneció.

En el interior del coche, Pot miró a su hermano con cierta aprensión.

—¿Ha sido efecto de mis oídos, o dijo algo de ser agente del F. B. I.?

—preguntó.

—Modrea no haría una cosa así —expresó Howard.

—Si lo es, le costará bastante más.

Y se retrepó en el asiento, con el ceño fruncido.

Cruzaron al otro lado del río y se detuvieron cerca del mercado de pieles. Sacaron del coche al dormido agente, y Howard se lo cargó al hombro con suma facilidad.

De un pequeño garaje tomaron una «Hillman» y arrojaron en su interior el cuerpo de Elmer. Llevaron la camioneta hacia los «docks» y la metieron en una travesía de Albion Street.

Mientras, Modrea se entrevistaba con Eric en Trafalgar Square, bajo el imponente monumento a Nelson.

—El asunto está hecho. Pero falta más dinero. Los muchachos se darán cuenta de que es un agente del

F. B. I.,

y eso no les gustará.

—Bien, tendrán más dinero.

Pero no lo dio. Sin embargo, Modrea, con aquella especialización de su naturaleza que tan rotundamente lo diferenciaba de los demás, estuvo seguro de que no tenía que preocuparse por aquel detalle.

Aquel hombre estaba dominado por una sola idea y era llevar a efecto su plan. Si para ello tenía que incendiar Londres, no le importaba.

—No podremos reunirnos en Princes Square —reflexionaba en voz alta el alemán.

Modrea lo examinaba con ansiedad, pues, aunque conocía la forma que tenían de reaccionar aquellos tipos, le hubiera gustado desentrañar el misterio de su locura.

—Yo sé de otro sitio. Y es mejor, porque no sabrán que se reúnen.

—Pero es necesario avisarles...

—Yo lo haré...

Y tendió la mano. Eric lo miró, sorprendido, y luego se echó a reír. Lo estuvo haciendo mientras extraía de su bolsillo el fajo de billetes y separaba unos cuantos.

Modrea resistió la proximidad sólo por la fuerte atracción del dinero.

CAPÍTULO 5

Habían quedado en verse en «El Azor Imperial». Pero no apareció Elmer y tampoco el grupo de alemanes con Maureen y su misterioso acompañante. La ausencia de su amigo le preocupó.

Abandonó el local y subió a un autobús que lo dejara en el West End. Se llegó al Departamento por si allí habían recibido algún aviso de Elmer Rogers. En el despacho no sabían nada.

Entonces decidió ir en su busca. Pero antes habló con el agente especial Harland.

—No tengo idea de qué pueda ser, pero quiero prevenirle. Tal vez consista nada más que en un simple caso de contrabando.

—Quizá comunistas —insinuó el agente especial, que leía todas las mañanas el «Daily Express».

—Puede, pero lo dudo. Los alemanes que he visto acudir a la reunión no están fichados como tales.

—Entonces no debe preocuparse. Quizá estén tratando de formar aquí un gobierno nazi en el exilio. Los tenemos de todos los países y sistemas. ¿Por qué ellos no?

Davis apreció en lo que valía aquel rasgo de humor del agente especial. Y se apartó de él, tras asustarlo con un conato de risa.

Al cruzar la calle Victoria distinguió una grácil silueta, que produjo en su encogido epigastrio una impresión de cálido bienestar, como si en un día de invierno le acercaran una estufa y al mismo tiempo le hicieran tomar un vaso de «*whisky*» escocés.

Ella miraba hacia la abadía. La abordó por su costado derecho. Maureen se volvió y le sumergió en su límpida mirada azul.

—¿Qué tal, Alan?

—Maureen, me gustaría invitarte a un refresco.

—Bueno.

Movió el compás de sus piernas de concurso en dirección a un bar próximo, con lo que estableció una corriente de perfume capaz de hacer naufragar al hombre más equilibrado.

—Te vi el otro día —empezó Davis.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella, con gesto displicente.

—En un reservado. Tú también me viste —afirmó Davis, sin alterarse—. ¿Con quién estabas?

La pregunta era de una indiscreción tan grande, que Maureen dudó unos segundos. Pero allí estaba a su lado el hombre que la había hecho.

Se puso colorada y le temblaron los labios. Habían llegado, y Davis la invitaba a sentarse.

—¡Oh, Alan! ¡Cómo has cambiado! Había oído hablar de ti en el sentido de que eras distinto cuando regresaste de la guerra. Veo que es verdad.

Maureen se expresaba con apasionamiento.

—Puede que sí —admitió él—. Pero siéntate: quiero hacerte unas preguntas.

—¡No las contestaré! No tolero que me interrogues. Y tampoco quiero sentarme.

—¿Quién es ese hombre que se aloja en tu casa?

—Es un antiguo conocido de mi hermano —se limitó a decir, más depuso su altanería e incluso se sentó—. ¿Por qué?

—Maureen, ¿qué te une a él?

Maureen se encogió de hombros.

—Nada. Nos hemos hecho buenos amigos y salimos a pasear algunas veces. Tiene negocios de importación con Sudáfrica. El vive allí.

Le constaba que aquello era una mentira. Y también Davis sabía que sus declaraciones no eran ciertas.

—Maureen, ten cuidado —advirtió y sintió daño al hacerlo porque la chica le echó una mirada de cólera que convirtió sus ojos azules en dos lagos con galerna.

—¡Gracias, Alan, por tu consejo! Pero tengo que decirte que salgo con él por gusto, y que no creo tengas que prevenirme de ningún peligro.

Dicho lo cual, y con aire de María Estuardo, la reina paisana suya, también cuando ofreció al verdugo su cabeza, se levantó y se

marchó.

Davis suspiró, sintiéndose desdichadísimo. No cabía duda. Maureen Ripley estaba enamorada, y con ese amor que todo lo transforma. Se encaminó acto seguido a Wood Street.

Su atención se fijó en el bar situado frente a la casa de su amigo, el capitán Walter Ripley. Entró en el establecimiento y llamó al dueño.

—¿Dice un hombre rubio, con bigotillo y chaqueta a cuadros? Estuvo esta mañana, sí, durante mucho tiempo, junto a la ventana aquélla. Lo recuerdo porque los borrachos se metieron con él.

—¿Borrachos?

—Bueno, unos tipos que parecían marineros y que se liaron a golpes.

—¿Y qué ocurrió con el hombre del bigotillo?

—No lo sé. Dejé de interesarme cuando se fueron los borrachos. Supongo que estaría un rato más y después se largaría.

Davis tomó una decisión. Antes se bebió un vaso de «whisky». La decisión y el «whisky» le llevaron a la casa que desde hacía varios días llenaba su cerebro, ora con visiones agradables y otras no tanto.

—¿Está el capitán Ripley en casa? —interrogó a la doncella.

—No.

Un ruido de tacones, y se asomó Maureen, que había llegado antes que él. Se paró, sorprendida.

—Quiero ver a tu hermano, Maureen —dijo él, y avanzó unos pasos.

—No está. Tiene servicio.

—Quiero ver a su mujer, entonces.

Retrocedió al oír la voz vibrante de la joven:

—¿Por qué no te marchas y te olvidas de nosotros? Nada se oculta aquí que te pueda interesar.

—Te equivocas. El asunto ya es más grave. Ha desaparecido un compañero mío, y necesito investigar su paradero.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con ello?

A su lado se colocó entonces otra figura conocida de Davis. Hacía mucho que no veía a Karen Ripley, y se asombró al notar su demacración, las profundas ojeras y el tormento a que parecía estar sometida.

—Eso es lo que trato de averiguar. Mi compañero tenía orden de vigilar al hombre que se aloja en esta casa. ¿Dónde está ese hombre y quién es?

Le llegó la mirada de angustioso terror que le lanzó la mujer de su amigo. Maureen se revolvió con mayor destemplanza aún.

—¡Todo esto es ridículo! —exclamó—. Tu compañero estará en cualquier taberna emborrachándose. En cuanto a Eric, ya te he dicho quién es...

En aquel momento llamaron a la puerta de la calle, y la doncella abrió. Davis vio por vez primera al misterioso personaje de las gafas oscuras. Quiso prevenir a Maureen para que no revelara su condición de agente, pero no llegó a tiempo.

—Ahí lo tienes —señaló ella, y Davis comprendió que trataba de avisar al otro. Puedes interrogarlo, señor agente del F. B. I.

Un gemido que escapó de la boca de Karen hizo aún más tenso el ambiente. Davis observó cómo el llamado Eric se inmovilizaba y quedaba rígido. Después se adelantó y preguntó con voz ronca:

—¿Qué desea de mí?

—Sólo unas preguntas, mister..., mister...

—Eric Kruning.

Pasó por su lado para entrar en el salón de estar, y Davis lo siguió.

—¿Me permite su pasaporte?

Eric se lo entregó. Y nada más tenerlo en la mano, Davis supo que estaba falsificado. No era preciso que lo comprobara. La falsificación estaba allí, en el hombre que se sentaba frente a él, en su actitud vigilante y a la expectativa.

Y en las dos mujeres, que también habían entrado en la habitación, en particular en el rostro de Karen, en el anhelo que se leía en sus ojos de que se descubriera algo, y al mismo tiempo el dolor que le causaba aquello.

—Vino por negocios, ¿verdad?

—Sí.

—¿Negocios con compatriotas? ¿Por qué se reunían con los alemanes residentes en Londres en el doble reservado de «El Azor Imperial»?

—No sé de qué me...

Se contuvo, dándose cuenta de su error. Las gafas oscuras impidieron a Davis percatarse de las intenciones de Eric. Y cuando se tiró contra él no pudo impedir que lo derribara y rodaron por el suelo.

La técnica de Eric peleando era pobre, y Davis se dio cuenta de ello. Se lo quitó de encima y lo despidió a un rincón.

Pero si carecía de los trucos de un profesional, poseía en cambio la furia desesperada de un gato acorralado.

—¡Quédese donde está y no intente atacar otra vez! —exigió Davis, con voz tonante.

La réplica fue otro salto y un puñetazo que desvió el agente con el hombro. No pudo evitar que el siguiente le diera en el pecho y lo hiciera tambalear.

La cara de Davis se iba contrayendo en una mueca de odio. Trataba de dominarse, recordando el sitio en que estaba.

Pero lo que decidió su actitud fue el ver a Maureen. Ésta tenía la boca entreabierta esperando que se resolviera la pelea, y Davis descubrió que esperaba el triunfo del otro.

Desplegó toda su potencia de ataque y defensa. Eric se vio envuelto en un bombardeo de puñetazos, de golpes de todas clases, y sus avances cerrados por una guardia perfecta.

Pese a ello, y con las gafas quitadas de un manotazo, lo que puso al descubierto sus ojos de fanático, Eric consiguió sujetar a su contrario.

Karen había salido fuera de la habitación y lloraba en el pasillo. Maureen libraba un curioso combate en su interior, parejo al que se desarrollaba ante sus ojos.

La razón le decía que no era lógico que se pusiera de parte de Eric, pero la arrastraba un sentimiento extraño, de creerse de algún modo ligada al hombre aquél, como si tuviera derechos sobre ella.

Un nuevo personaje hizo su aparición y su intervención fue definitiva.

Habían llamado a la puerta, y Caroline la abrió con la esperanza de que fuera Scotland Yard en pleno.

Modrea, pues era él, se asomó al cuarto en que se llevaba a cabo la pelea y se dio cuenta de que el alemán llevaba la peor parte. Davis lo zarandeaba como un «boxer» a un zapato de señora.

Se movió por el cuarto apartándose con ligereza de las vueltas

que daban los contendientes y procurando la forma de prestar su concurso.

Lo hizo en el instante que Eric pendía de las manos del agente tan fláccidamente como una bandera de ejército derrotado.

Y cuando Maureen había decidido acudir en ayuda del alemán también.

Los jarrones cumplen una misión decorativa y otra práctica que sólo se manifiesta cuando los matrimonios riñen o los niños juegan a los pieles rojas y lanzan las hachas de guerra.

El que rompió Modrea en la nuca de Alan Davis era una imitación bastante aceptable de la porcelana de Sévres, y un anticuario de Bond Street hubiera dado por él hasta diez guineas.

Davis perdió el conocimiento. Y al verlo a sus pies, Modrea, que estaba asombrado de su hazaña, no supo que había imitado a Beltrán Duglesquin cuando falló la pelea entre Pedro I el Cruel y su hermano Enrique de Trastámara.

Eric se fue recobrando de la lucha, y recogió sus gafas, que por caer sobre el diván no se habían roto.

Se las colocó y se acercó al cuerpo desvanecido de Davis, con ánimo de golpearle con el pie en la cabeza. Modrea se atrevió a sujetarlo.

—No haga eso. Es mejor llevarlo junto al otro.

—Vendrán luego más.

—No. Se me olvidó decirle esta mañana que había un compañero del que le vigilaba.

—Eric —los dos hombres se volvieron para mirar a Maureen, que muy pálida les observaba—. Eric. Te ruego que no le hagas nada. Es amigo de mi hermano y mío.

Por un momento vaciló Eric.

—Está bien. Dispón su traslado a ese lugar, Modrea.

El hombrecillo sonrió, descubriendo unos colmillos afilados, y alargó su zarpa, engarfiados los dedos ya para cerrarse sobre el precio.

—¡Luego! —rugió Eric. Y Modrea retiró su mano como si se la hubiera quemado.

Ató las manos de Davis a la espalda y los pies, valiéndose de su correa, que partió por la mitad.

—Llamaré a Pot —informó, y se dirigió al teléfono.

Maureen se abrazó a Eric, y con una inconsciencia propia del sexo femenino y de algunos empresarios de revistas, se echó a llorar.

—¡Oh, Eric! —emitió entre sollozos—. ¡Qué mala soy! Pero te quiero. No sé por qué te busca Davis, ni quiero saberlo, sólo que no puede ser nada por lo que yo no me sienta orgullosa de ti.

La especie de garitas que alrededor de la estatua de Eros estaban levantando en Picadilly Circus, para efectuar ciertos arreglos se justificaba plenamente en aquel caso.

Porque nunca el amor se equivocó de manera tan completa.

—Confía en mí, Maureen —dijo, y la besó.

Karen tuvo la oportunidad de sorprenderles otra vez.

Y entonces Maureen se aproximó a ella y juntó su cara, distendida por el fuego que la consumía, a la pálida, atormentada, de su cuñada.

—No te ha gustado, ¿verdad? Pues entérate de que es mío y de que tú nada tienes que hacer en esto.

—Estás loca, Maureen, loca como él —pronunció Karen con voz apagada.

—Mejor es esta locura que no lo que tú haces. Has estado engañando a mi hermano y debieras alegrarte de que yo me lleve a Eric de aquí.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Oh, Maureen! Es horrible todo lo que pasa.

En tanto, Pot y Howard miraban con suspicacia al nuevo «paquete» que tenían que llevarse. El mayor, Pot, trató de sonsacar a Modrea.

—¿Es agente, también?

El hombrecillo asintió.

—Eso vale mucho. Y no me gusta este asunto —rezongó Pot—. Nos estamos arriesgando demasiado. La Policía no perdona cuando se trata de alguno de los suyos.

—No se les va a hacer nada. Y no sabrán quién los ha raptado. Oye, Pot...

El rumano se empinó sobre la punta de sus pies para cuchichear algo al oído del fornido marino. Al terminar, Pot meneó la cabeza dubitativamente.

—Te digo que es cierto.

—Bueno. Vamos, Howard. Carga con el bulto.

Howard levantó al agente del

F. B. I.

y lo colocó bajo el brazo.

—Los verán salir así —dijo Eric.

—No. Ahora lo envuelven en una lona, de forma que no se distinga lo que es, y lo meten en una «rubia» que poseen y que les está esperando.

El rumano hizo aquellas aclaraciones como si elogiara los servicios de una compañía de raptos y similares de la que fuera propietario. Y rubricó sus palabras con el típico gesto de extender la mano.

—Necesito tranquilizarlos. Y lo único que los tranquiliza es el dinero.

Pudo añadir que a él le ocurría otro tanto. Eric extrajo el fajo de billetes y apartó varios que pasó a aquellas garras ávidas. Luego pidió:

—Quiero que mañana nos reunamos. ¿Dónde es?

—También en Rotherithe. En el almacén que tienen allí los hermanos Rusterif, o sea estos que acaban de marcharse. Su padre es polaco. El almacén sólo sirve ahora como depósito de ciertas mercancías, que quedan allí hasta que sus propietarios puedan retirarlas.

—Encárgate de llamarlos a todos —ordenó Eric, y el rumano se inclinó, saliendo después.

Eric paseó por la habitación. En una de las vueltas descubrió a Maureen, que lo miraba. Se paró junto a ella y la cogió por el brazo.

—Venceremos, ya verás cómo venceremos.

Maureen no sabía a qué se estaba refiriendo. Le hubiera horrorizado enterarse por alguna revelación súbita que no la conocía en aquel momento, y la estaba confundiendo con alguien que hacía mucho tiempo estuvo también a su lado y a quien dijo iguales palabras.

No se daba cuenta Eric de que se salvó, más que por el hombrecillo, por la ayuda de aquellas dos mujeres, que por distintos motivos estaban unidas a su empresa.

Pero el hecho que llenaba al extraño alemán de embriaguez, que hacía estallar su cerebro de fantásticas burbujas multicolores, y

considerarse con un poder ilimitado, era que hasta la fecha todos se iban doblegando a él que vencía a la inexpugnable Inglaterra, la odiosa Inglaterra que ya por dos veces se había interpuesto en el camino de su patria, impidiendo que pudiera llegar a ser la nación más fuerte del mundo.

—Está loco —decía a los hermanos Rusterif el rumano—. Y lo que piensa es un disparate tan grande como si quisiera subir a la luna cogido de la cola de un alcatraz. Por eso, y mientras evitemos que cause algo más serio, no debemos preocuparnos. Tiene dinero, mucho dinero...

—¿De dónde lo saca? —quiso saber Howard—. Porque tengo oído que los alemanes no nadan en la abundancia precisamente. Y son libras, libras del Banco de Inglaterra.

—Sí. Eso es extraño.

Los astutos ojos de Modrea observaron a sus compañeros, mientras su faz permanecía quieta.

La mezcla de terror y malignidad que se extendía por ella lo hicieron más que nunca parecido a un zorro atento y agazapado.

CAPÍTULO 6

Las caras de los alemanes reunidos en aquel recinto giraban todas en dirección al hombre de las gafas oscuras que se sentaba apartado de su círculo.

Los hermanos Rusterif y Modrea se sentaban, fuera también del cono proyectado por una lámpara de pantalla que no bastaba para alumbrar todo el interior de aquella nave del almacén.

—Falta una semana para esa fiesta —manifestó Eric de pronto—. En esta semana hemos de disponerlo todo. Tenemos que ensayar cuantos movimientos se han de llevar a efecto. Ya conocéis el plan.

Estaba sentado, muy rígido, en su fardo, y la cara con igual rigidez, pero contraída en un gesto de ansiedad y repugnancia, como si le ahogara el pesado y nitroso aire del almacén.

—Liemman Stuller y Dietzhall serán los encargados de vestirse con el traje de los Granaderos. En los relevos siempre van el oficial y un soldado. Los puestos que nos interesan son tres exclusivamente. Los demás acudirán luego para quedar en esos puestos, mientras los tres nombrados primero van a cumplir su misión. Pero ¿y los demás guardias, la oficialidad? —saltó Carlsruhe, reuniendo el asombro de todos.

—Todo está perfectamente calculado. Sabemos las horas de los relevos y hasta los «santos y señas» que se han de emplear. No puede fallar el plan, si cumplimos cada uno con nuestro cometido.

Se le notaba la satisfacción que le producía aquello y lo que le complacía tener delante de sí a sus compatriotas atemorizados.

—El plan estaba perfectamente calculado... ¿Puede la locura establecer planes lógicos? Hitler promovió una guerra que estuvo a punto de ganar...

—Cuando hayan terminado dentro del palacio, lo demás es aún

más fácil. Se formarán cuatro grupos, que se dirigirán a los sitios señalados, donde se despojarán de los trajes de guardias, y saldrán hacia los otros puntos indicados.

—¿Y...?

Antes de que terminara la pregunta, Eric la contestó.

—Habrá una mujer —dijo— que se hará cargo. De eso ya no tenéis que ocuparos. Ahora lo que exijo es que cada uno de vosotros me repita las instrucciones. Después ensayaremos lo que hemos de hacer. Jospel, dinos tu cometido.

Se notaba que aquellos hombres estaban temblando por una cólera que tenían que reprimir.

El antiguo miembro de las S. S. avanzó como un autómatas. Eric se arrancó las gafas en aquel momento, y sus ojos, en los que el hueco de la pupila se confundía con el iris y éste llenaba casi la córnea, confluyeron sobre el hombre que se llegaba hasta él, y pareció imantado.

—Jospel —desgarró en las encías aquel hombre—, recuerda el tiempo en que nuestras tropas se paseaban por toda Europa victoriosamente. Entonces no temblas... Volverá a ser igual que antes, Jospel. Igual que antes.

—¡No! ¡No! —Jospel se debatía, queriendo escapar a la presión de aquel imán—. ¡No volverá, no volverá!

—¡Tú has de cumplir como todos los demás! —otra vez el tono de mando, la mirada imperiosa. Jospel se estiró, adoptó la posición de firmes—. ¡Todo por Alemania!

La presión se hizo demasiado fuerte y obligó a saltar al hombre sobre quien se ejercía. Los demás miraban, sin intervenir, esperando la terminación de aquel desafío. Modrea amusgaba las orejas y estaba a punto para escapar.

—¡No, y mil veces no! —bramó Jospel, perdido por completo el dominio de sí mismo—. ¡No lo haré! ¡Óyelo bien! ¡No lo haré!

Los ojos negros dejaron de actuar como imanes, y Jospel comenzó a respirar más libremente. Giró sobre sus talones y se enfrentó con el resto de sus compatriotas.

—¿Qué estáis esperando? —gritó—. ¿Por qué obedecéis cómo si aún estuviéramos en guerra? ¿No os dais cuenta, necios, de que sólo es la sombra de todo aquello? No es más que un hombre. Ni siquiera eso, porque está loco, y le tenéis miedo. Nada puede

haceros, ni a los vuestros, pero os ha hecho creer que todo sigue igual...

Empezaban a sacudirse el letargo, el especial sonambulismo que les acometía frente a la sombra de su pasado, de lo que ya no existía. Jospel había recobrado también su faz humana.

—¡Vamos, terminemos de una vez con esta estúpida broma! Este hombre no tiene ningún poder sobre nosotros... Y lo que nos propone es una locura, una locura mayor... todos estaremos tan locos como él si secundamos sus propósitos —continuó cada vez más exaltado—. Cojámoslo y denunciémoslo a Scotland Yard. Entonces veremos que todo el poder de que alardea es completamente ficticio y que nada es capaz de hacer contra nosotros.

¡Crac! El muelle se estiró prodigiosamente y se rompió. Sus espirales quedaron vibrando en el aire.

En la mano de Eric apareció una pistola, de cañón corto y pequeño calibre, un «Derringer», que dejó oír su ronca, espasmódica voz.

Jospel se estremeció, la voz se le convirtió en un bronco gruñido, los ojos se le desorbitaron, y se desplomó hacia el frente, quedando como una macabra flecha señalando al grupo de alemanes.

—¡Cuernos! —escupió Pot, y sacudió sus hombros.

Los demás no dijeron nada. No era dable distinguir cuál de los tres ojos que les miraban, los del hombre y el de la pistola, era más negro y sombrío.

—¡Modrea! —recobró Eric su condición humana por fin—. Di a éstos que tiren al río el cuerpo.

Era indudable la fanfarronería del tono y la truculencia del ademán. Se puso en pie y fue hacia el cadáver. Seguro que creía estar ahora en Alemania, en la época en que era tan fácil eliminar a quien estorbaba.

—Supongo que esto os servirá de advertencia —arrojó hacia los otros, despectivamente—. Nadie debe obstaculizar el plan. ¿Comprendido? Dentro de dos días volveréis aquí, si no hay órdenes en contrario. Para entonces, ya tendremos los trajes y el plano de las dependencias de palacio. Y fijaremos definitivamente todos los detalles.

Era una orden de despedida. Fueron marchándose, con el aire que tendrían las figuras del monumento a los Muertos de Bartholome, en París, si tuvieran la virtud de animarse..., que no es mala virtud para una estatua.

Al quedarse solos, Modrea expresó su opinión osadamente:

—No debió hacer eso.

Y al segundo saltó con el vello erizado al oír la voz dura, ominosa, del alemán:

—Aquí nadie dicta lo que se ha de hacer más que yo —fue girando, para estar de acuerdo con la traslación de su lugarteniente—. Y oye bien esto, sabandija: tú me sirves por dinero nada más. ¿Comprendes? No quiero que puedas imaginarte que participas en modo alguno en esta empresa.

Empleaban el alemán y los hermanos Rusterif no entendían lo que hablaban. Pero sus semblantes foscos indicaban lo mal que les había sentado aquella muerte. Pot retuvo al rumano por un brazo, y preguntó:

—¿Qué ocurre ahora? No me ha gustado nada lo que ha hecho. Y a mi hermano tampoco. Nos ha complicado en un crimen.

Antes de que Eric dijera nada, Modrea se llevó a los hermanos a otro extremo.

—Atended. Esto no tiene importancia. Hemos sido muchos testigos, y hemos visto cómo le mataba. Son alemanes, y ése —señaló al cuerpo caído— estaba aquí escondido. A nosotros nada nos va ni nos viene. Pero tendrá que pagar mucho para que calleemos. Yo se lo diré ahora, y si no nos da el dinero no le ayudaremos, con lo que no podrá hacer nada.

Dejó a los hermanos no muy convencidos, y se reunió otra vez con Eric, que contemplaba el cadáver de Jospel.

—Están asustados. No les ha gustado que aquí se cometa ese crimen... Dicen que no lo ocultarán si no se les paga bien.

Eric se rió, lo que no hizo feliz a ninguno de los tres hombres que le miraban. Modrea pensó si no estaría soplando sobre una brasa que diera origen a un incendio devastador.

—¡Está bien, está bien! —dijo Eric, conteniendo su risa— Tendréis dinero. No ahora. Mañana. ¡Di a tus hombres que hagan desaparecer ese cadáver!

Y aquella vez no trataron de replicarle.

—Lo liaremos en una cadena y lo echaremos por la trampilla. No hay peligro así de que lo levante el paso de ningún barco, puesto que se quedará debajo del almacén y los cangrejos lo harán desaparecer —informó Pot, con un aire muy a lo personaje de Edgar Wallace.

Y así lo hicieron, sujetando la cadena con unos alambres y colgándole unos pesos.

El cuerpo de Jospel se deslizó por una trampilla hacia las turbias aguas del Támesis, y varias familias de cangrejos, con sus gruesas pinzas, interpretaron un himno de gracias —muy parecido al «God Save the King», por ser cangrejos ingleses— en honor a la deidad que les regalaba con tan rico presente.

La sombría deidad parecía satisfecha por el resultado. Le parecía que aquella muerte reforzaba su autoridad y su dominio sobre los demás, y, por otra parte, demostraba que Inglaterra no era enemigo.

Por tal causa cuando los hermanos Rusterif y el rumano hubieron terminado su necrófaga tarea, Eric expresó su deseo de visitar a los prisioneros. Modrea se atrevió de nuevo a oponérsele:

—¿Lo cree conveniente? Tal vez fuera mejor que no supieran nada...

—¡Quiero verlos! —se enfureció el alemán—. Ya he dicho que...

—Está bien. Venga.

Lo condujo a una nave condenada y cuyo interior se había dividido en varios compartimientos mediante cajas vacías apiladas.

Al fondo de ella, y en un angosto espacio, estaban los dos agentes del

F. B. I.,

concienzudamente atados, aunque no amordazados.

La razón de aquella comodidad obedecía a la absoluta imposibilidad de que pudieran ser oídos por más que gritaran.

Davis parecía incluso alegre, comparado con su compañero, porque, dada su taciturnidad habitual, ya no podía estar con apariencia más sombría.

Elmer representaba la desesperación mayor. Al ver entrar a Modrea guiando a los otros, se precipitó toda su cólera al exterior:

—¡Maldito traidor! ¡Rata! He de verte ahorcado, pero no en Brixton^[1], sino de un farol en Soho, y con latas en los pies.

El rumano no hizo por replicar a tales insultos. Se apartó, y su

lugar lo ocupó el alemán, a quien por cierto sentido estético, que ya tuvo el hombre cuaternario al construir sus monolitos, daba escolta a un lado y a otro los dos hermanos.

Elmer apuntó el chorro de sus insultos hacia el fantasma de las gafas.

—¡Y tú, asqueroso teutón, he de arrancarte esos lentes y mostrar las gusaneras que hay debajo! Esto que has hecho te costará caro...

—Déjalo que hable, Elmer —interrumpió la voz fría de su compañero—. Estoy seguro de que viene a decirnos lo muy listo que es y de qué forma se ríe de nosotros.

—Justo —aprobó Eric, con su acento sarcástico que enfureció más a Elmer—. No deja de ser un espectáculo regocijante el ver prisioneros a dos orgullosos hijos de la nación victoriosa de la nuestra...

—Es usted un pobre loco, y locos son los que representa —denostó Davis, seguro de que sus palabras harían estallar de rabia al alemán, por lo mismo que era verdad que debía estar trastornado—. Puede atentar contra cualquiera de nosotros, y hasta puede llegar a asesinarnos. Si piensa que eso estremecerá a Inglaterra, además de loco es usted tonto.

En efecto, aquellas palabras parecían vapor sulfuroso envolviendo a Eric. Se puso de un color amarillento, y como signo de su hervor se arrancó las gafas y clavó su mirada ardiente, alquitrán humoso, en los dos prisioneros.

—No le estremecerá, ¿eh? —aulló—. Pues no sólo se estremecerá, sino que se humillará ante mi patria y se avendrá a cuanto queramos. Y Alemania volverá a estar por encima de todas las demás naciones. Oiga, y después ríase...

Habló en alemán. Y conforme hablaba, los dos agentes se iban sintiendo mal. Aquello era monstruoso, ningún hombre normal... Pero ¿era normal?

Cuando terminó, fue Davis quien resumió la impresión que habían experimentado. No pudo emplear otra palabra.

—¡Está loco! Nadie querrá ayudarle en semejante plan...

La risa salvaje de Eric le interrumpió. Reía como una tetera que en lugar de infusión de hojas de té hirviera en su interior a una docena de monos vivos. Aullidos, contorsiones, saltos.

—¡Todos están conmigo! —cortó por fin su escape de alegría—.

Todos. Harán lo que yo quiera, porque tienen miedo.

—Serán ellos mismos los que le lleven al manicomio —aseveró con brutalidad Davis—. ¿O piensa que puede asustar a Modrea más de lo que él mismo se asusta de estar vivo? Por si no lo sabe, fue él quien me advirtió que usted había llegado a Londres y se estaba reuniendo con sus compatriotas.

—No me importa. Ellos —señaló al rumano y a los dos hermanos— lo hacen por dinero. —Y sólo intervienen en estas cosas.

—¡Bah! Un alemán no puede tener dinero inglés.

Eric volvió a reír.

—¡Oh, no! Lo tienen los ingleses.

Y saboreando aquella embriaguez, aquella euforia de triunfo que le proporcionaba el que los acontecimientos se pusieran de su parte hasta entonces se marchó. Modrea fue el último en desaparecer.

—Modrea —lo llamó Davis, y el hombrecillo se detuvo, con su aspecto receloso—, es un feo asunto éste en que te has metido.

No replicó el rumano. Pero en su mirada brilló un destello de humor.

—Crees que no ocurrirá nada, ¿eh? —continuó Davis—. Has manejado muchas cosas, pero la locura no puede conducirse, Modrea. Hará algo irreparable y tú tendrás tanta responsabilidad o más que él. Sé que tu ansia de dinero es superior a cualquier razonamiento, pero quiero advertirte de...

Modrea no quiso oír la advertencia y desapareció. Los dos agentes permanecieron en silencio, tratando de acomodar en sus cerebros aquella revelación que habían tenido.

—¿Es cierto lo que he oído? —preguntó, por fin, Elmer.

—Tan cierto como el roce de estas ratas que se mueven por aquí y no nos dejan dormir.

—Bien, es tan ridículo que no debemos preocuparnos. Lo que tenemos que hacer es intentar desatarnos, cuanto antes.

A una se pusieron los dos hombres a tirar de sus ligaduras y forcejear. Fueron inútiles sus esfuerzos. Los hermanos Rusterif sabían hacer las cosas bien.

—Tendremos que dejar que todo suceda —se lamentó Elmer, desalentado.

Horas después les llevó la comida un viejo que hasta entonces no

habían visto. No sabían que era tío de los Rusterif y no se cuidó de informarles.

Davis estuvo todo el tiempo que el viejo tardó en colocar los cacharros con la pitanza frente a ellos, tratando de argumentarle. El viejo los miraba y sonreía, sin articular sonido alguno.

—¡Es usted un viejo degenerado y borracho! —acabó por gritar exasperado. Y de nuevo la sonrisa.

—Me parece que has gastado tu saliva sin provecho, Davis —dijo Elmer que examinaba al viejo con atención—. Me temo que es sordo como estas paredes.

—¿Sordo?

—Y puede que hasta mudo.

Pero no lo era. Se hizo con los potes en que había transportado la comida, y se les quedó observando con una simpatía rara.

—Las ratas —tenía una voz gangosa, como un disco muy viejo— son muy molestas. Les echaré el resto de la comida en aquel rincón. Así los dejarán tranquilos.

Lo hizo y se fue.

—¡Qué amable! —canturreó Elmer.

—Las ratas... —murmuró Davis—. Comida...

Estaban atados por las muñecas, y cada uno por separado con una gruesa correa, pero tuvieron que admitir que sin un objeto que la cortara era inútil.

—¿Qué juego de palabras es éste? —y antes de que Davis se lo explicara lo supo Elmer—. ¡Yo! Pero no tenemos comida.

—Vendrán luego. Y hemos de reservar una parte.

No hay animal más odioso que una rata portuaria. Mas a partir de aquel momento, los dos hombres las contemplaron con una especial delectación.

¿Colaborarían aquellos animalitos en sacarles de allí? Porque si acudían a la invitación que Davis pensaba hacerles y roían al par que la comida el cuero, que tanto les gusta, estarían libres, aunque las manos siguieran atadas.

¿Cuánto tiempo tardarían las ratas en cortar una correa de aquéllas? Desde luego, y dejándolas tranquilas, poco tiempo.

Sólo que no contaron con la condición amable del viejo. Y cuando lo vieron aparecer llevando en brazos a un «Dachs-hund», o tejonero alemán, que nada más soltarlo en el recinto se precipitó

sobre el grupo de ratas, y destrozó a cinco de ellas, poniendo en fuga a todas las demás, la cólera que los invadió, de tan intensa, les privó de expresarla.

Y se quedaron mustios viendo cómo el perro ladraba con orgullo, y el viejo los obsequiaba con su mejor y más servicial sonrisa.

—Es viejo como yo —aseguró sin que intentaran contradecirlo—, pero no teme a nada, y no hay rata que se le resista.

Lo que, por desgracia, era cierto.

CAPÍTULO 7

Eric paseaba solo aquella mañana por las calles de Londres. Había llovido el día anterior, pero entonces brillaba el sol rotundamente, como frotado por una robusta galesa.

Se encontraba frente a los jardines de Palacio. Desde luego, podía haber ido por otro lado, pero aquella parte de Londres le atraía.

Allí estaba simbolizado el poder de Gran Bretaña, en aquella joven descendiente de Alfredo el Grande, la hija de Jorge VI, muerto un seis de febrero, mientras Elizabeth permanecía en Kenia.

La contemplación del uniforme de los guardias, escarlata y negro, en su rígida quietud, le regocijó. Pronto aquel poder se conmovería y en aquella mansión se desencadenaría una tormenta.

Subió por East Carriage, a lo largo de Hyde Park, y cruzó los arcos de Cumberland Gate.

Eric rebasó la proximidad de Hyde Park y siguió andando hacia Edgware, hasta que alcanzó Paddington.

Se metió por unas estrechas callejuelas y en una de ellas hizo alto frente a una casa de las que con tanto gusto describía Dickens.

Subió por sus escaleras de madera con paso rápido. Y ante una puerta, con la mirilla de hierro forjado y un curioso farolillo pendiendo en la parte superior, se detuvo y llamó.

Tardaron en abrirle. Era un viejo de nariz pendular, ojillos pequeños y boca enorme, que abrió como un buitre al darse cuenta de quién era su visitante.

—Hola, Epstein —saludó Eric. Y lo empujó para apartarlo de delante.

—¿Tú, otra vez tú? —plañó el viejo judío.

—Sólo puedo ser yo o algunos de tus viles clientes, a los que

despellejas.

—¿Qué quieres ahora? ¿Por qué vienes aquí?

Estaban en una habitación amplia, pero con un techo curiosamente bajo. Epstein se había retirado a un rincón y contemplaba con miedo al alemán.

—Quiero dinero, Epstein —pronunció con reluctancia Eric—. Dinero.

—Te hice un préstamo...

—No basta. Necesito más.

—Pues no tengo.

Las manos le seguían temblando, pero la voz del judío era resuelta y sus ojillos fulguraron con cierta malignidad.

Eric cubrió la distancia que lo separaba de él y lo cogió por la garganta, sorprendiendo a la furtiva nuez cuando se asomaba por lo alto de la tapia de almidón.

—Oye, Epstein. He sido muy considerado contigo. Debías agradecer que sólo fuera dinero lo que te pidiera. ¿Es que no te acuerdas? ¿No sabes a lo que te expones con tu negativa? Fueron millones los que como tú desaparecieron hace algún tiempo. Tú puedes escapar si colaboras a nuestra obra ahora.

El viejo se sacudió con asombrosa fuerza y se zafó de la presión de Eric. Se enfrentó con él.

—¡No, maldito, no! La otra vez que estuviste aquí es cierto que me asusté, aun cuando nada más marcharte reconocí que había sido un necio. Tú no eres ya nadie, ni representas nada. Sólo una sombra que no tiene más fuerza que lo que despiertas en la memoria. Pero no te daré un céntimo más. ¿Entiendes? Ni un céntimo más.

Hizo un movimiento rápido y se acercó a un aparador que ocupaba el testero de la parte de su derecha. Tiró de un cajón y con la mano revolvió dentro, buscando algo.

Aquello fue una equivocación, ya que su gesto era demasiado significativo. Eric saltó sobre él antes de que pudiera sacar el arma. Y con el impulso de su cuerpo lo apartó de allí, y lo derribó al suelo.

Fue una lucha silenciosa, pero brutal. Epstein comprendió su error demasiado tarde.

Y se enteró también de que aquella sombra era implacable, y que lo arrastraría al mundo de procedencia a no ser que interviniera

algún poder extraño.

Rodaron sobre la madera, el viejo judío queriendo escurrirse, Eric buscando su garganta hasta que lo consiguió.

Apretó. La tremenda presión de sus dedos había partido la cervical, y el cuerpo se le quedó entre las manos como un pelele.

Se levantó de sobre él y lo estuvo contemplando hasta que se convenció de que estaba muerto.

La boca de pajarraco abierta, los ojillos como dos botones que se hubieran soltado de su costura, y los brazos y piernas extendidos.

Eric se frotó las manos con repugnancia. Y se dispuso a efectuar un registro.

Encontró una pequeña caja de caudales. Volvió al viejo y lo sacudió hasta dar con el llavero.

Y luego miró en su cartera. Arrancó el dinero que había allí. La caja de caudales no era difícil de manipular y dio pronto con la llave. Se guardó todo el dinero que halló.

Al abandonar la casa, se había borrado por completo de su memoria lo que acababa de realizar.

Únicamente sentía en su bolsillo el confortable bulto de los billetes. Y había suficientes para lo que deseaba.

No notó la figura que le seguía y que había estado aguardando en tanto permaneció en casa de Epstein.

Y si lo hubiera visto se hubiera reído de él, porque Eric suponía que burlaba a todos los ingleses y que era como una potencia oculta, pero invencible, entre ellos al estar asistido de aquella energía que también hizo que su ídolo, Hitler, triunfara sobre todos sus enemigos.

Aquella tarde se reunió con Maureen y la joven se sorprendió de su entusiasmo.

—Prometiste llevarme a Caterham —recordó—. Iremos hoy.

—Pero está lejos, Eric —protestó ella.

—Hay servicio de autobuses. Lo aprovecharemos para tener un día de campo. Deseo estar contigo, Maureen, separado de todo este bullicio.

Las mujeres miden el amor del hombre por su capacidad para estar a solas con ellas. Recuerdan de una manera instintiva que el principio fue el Edén y que allí no tenían otra compañía que los animales.

Visitaron Caterham, donde están los feos y fríos barracones en que se adiestran los aspirantes a guardias.

Maureen, conocida de varios oficiales de los en ejercicio allí, fue invitada a recorrer todas las dependencias.

El oficial que les acompañaba le iba mostrando todo con una explicación, estuvo en Alemania junto con Walter. Miraba con especial ternura a Maureen.

—¡Oh, sí!, los guardias actúan en casi todas las óperas de Covent Garden —aseguró—. Desde que la Reina Victoria dijo que sus soldados lo harían mejor que los coros. Y mayor disciplina, sí que tienen.

El oficial de guardia no se cuidó de mirar si quedaba todo en orden. Por ello la llave de los vestuarios fue retirada de su sitio sin que llegara a darse cuenta.

Y por eso fue tanta la sorpresa y el disgusto que tuvo cuando al día siguiente le comunicó un sargento del terrible cuerpo de granaderos —donde la única palabra que se les permite decir a los reclutas es «señor» y si dicen más se les castiga— que habían desaparecido varios trajes —exactamente ocho— del vestuario.

Inmediatamente se formó a las compañías, se investigó quiénes habían salido del cuartel y cuándo regresaron, y los que estaban fuera. Y se dio cuenta al mayor general jefe de todos los guardias.

Ajena a todo aquello, Maureen pasó una tarde deliciosa creyendo que Eric estaba alegre y con ganas de reír, nada más que por su compañía.

Y experimentaba como nunca la sensación de que aquel momento que ella presentía, en que se le revelaría el misterio que se encerraba tras la apariencia extraña de Eric se acercaba rápidamente.

Los trajes fueron sustraídos por los hermanos Rusterif. Estaban indecisos hasta que Modrea les mostró el puñado de billetes que obtendrían por ello.

Saltaron, pues, por la noche las tapias de Caterham y se llegaron al barracón del vestuario.

La llave les facilitó el camino, introdujeron las piezas en unos sacos y deshicieron el camino llevando su botín al almacén de los «docks».

—Debe ser para alguna función de teatro —opinó Pot,

contemplando con asombro el abigarrado colorido.

—O para gastar una broma.

No obstante, hubo alguien a quien Eric informó de todo.

—Karen, ya nadie puede impedir que el día veinte se realice lo que me he propuesto —decía sujetándola por un brazo.

Karen miraba a su antiguo marido como si quisiera comprender lo que él le decía aun cuando estaba vacía del todo, con aquel terrible vacío que sólo podía llenar la presencia del hijo recuperado, desde el momento en que supo que vivía.

—Pero tú has de cumplir con tu parte. ¿Recuerdas lo que has de hacer?

Ella inclinó la cabeza, pero Eric hizo bien en no fiarse de su gesto. Karen no recordaba nada. La estuvo aleccionando.

—Tendrás preparada la ropa y te encontrarás a la hora justa en el lugar que te he señalado. Cerca de allí te aguardará una «rubia» a la que te dirigirás subiéndote a ella. Es muy sencillo. Y después vienes aquí. Es muy sencillo.

Era muy fácil. Karen sólo habría de estar en determinado lugar, llevar la ropa y, después, regresar a la casa... Sólo que a ella le repugnaba hacer todo aquello.

Sólo unos días faltaban para aquello. Los prodigios que ella esperaba que se hubieran producido, impidiendo que los planes de su antiguo marido se llevaran a cabo, habían fallado.

No lo resistiría. Prefería no pensar, anularse, convertirse en lo que había sido hasta entonces, un cuerpo sin vida nada más que para recoger la llamada de aquel hijo lejano.

En cuanto a Maureen la preocupaba el comportamiento de su cuñada. Y empezaba a sospechar que algún secreto, aparte de sus relaciones culpables, debería existir entre Eric y ella. Pero no se atrevía a preguntarle.

Seguía creyéndose su rival y que la otra trataba de apartarla de Eric sólo por celos y para evitar que pudiera, así, conocer el hombre verdadero que era.

El primer toque que empezó a despertarla fue la visita que le hizo, al día siguiente de su excursión a Caterham, el teniente Harland de la Sección de Scotland Yard que se cuidaba de proteger a las personas de la Casa Real.

—Es un asunto desagradable, señorita Ripley —principió el

hombre, manejando las guías de su bigote como una varita de dirigir conciertos—. Se nos comunica de Caterham que anoche desaparecieron unos trajes de guardias, de los vestuarios. Se ha investigado concienzudamente y se tiene la idea de que, aprovechando la visita que ayer hizo usted en compañía de un familiar, alguien logró deslizarse dentro del cuartel y quitar la llave que después empleó por la noche. Son conjeturas, claro está, pero nos gustaría saber si usted presenció algo o vio a alguien...

Maureen negó. Pero en su interior empezó a extenderse la sospecha como un decolorante, descubriendo ángulos y partes en sombras hasta aquel instante.

—Bien, no importa —tranquilizó el teniente—. Pero hay otra cosa. Tengo entendido que usted y también su hermano, el capitán Ripley, conocen a un norteamericano, un tal Alan Davis.

Maureen asintió. Y se sintió mal.

—Ha desaparecido, señorita. Él y un compañero de su misma profesión. Es un asunto muy feo, porque se trata de agentes del F. B. I.,

destacados en nuestra capital. Estaba ese Alan Davis, al parecer, interesado...

Maureen se sonrojó.

—... interesado en seguir a una supuesta organización de los alemanes exilados o residentes aquí en Londres. No sabemos por qué se relacionaba con ese caso usted, pero es indudable que el último día que habló conmigo hizo una alusión a que vendría a esta casa.

—Pues... no..., no sé nada de eso —pudo articular Maureen por fin.

Y de repente se le presentó toda su actuación como algo desagradable, que no debiera haber hecho. Por ejemplo, permitir que llevaran prisionero a Davis.

No, ella no debiera haber permitido que hicieran una cosa semejante, pero le cegaba la pasión que sentía por Eric.

Cuando el teniente Harland la dejó, se apresuró a ir en busca de Eric y tener una seria conversación con él. Por su parte, el teniente Harland fue al departamento de Guerra y se entrevistó con el jefe del M

1-5,

Military Intelligence Departament núm. 5.

—Desde luego, esa mujer sabe algo. Es extraño que la hermana del capitán Ripley haya prestado su ayuda para algo reprobable, pero es que tal vez sepa del asunto tanto como nosotros mismos.

—¿Se ha enterado de la muerte de ese viejo, en Paddington? —preguntó el jefe—. Estuvo durante la guerra en un campo de concentración, en Alemania. El criminal no se ha cuidado, en absoluto, de limpiar huellas digitales o de disimular su presencia. Fíjese: tenemos la información de una mujer que asegura haber visto salir de casa de Epstein, aproximadamente a la hora en que lo asesinaron, a un hombre que llevaba gafas oscuras.

—¿Cree que sea...?

—Posiblemente. He puesto varios agentes para que vigilen y vean de enterarse dónde han llevado a esos americanos, Davis y Rogers, pues no creo que se hayan atrevido a...

No lo dijo. Al teniente Harland le recorrió un gran escalofrío por la espalda.

—¿Y todo eso para qué? ¿Qué intenciones lleva ese individuo?

—No tengo la menor idea. Tampoco es tiempo ya para interrogar a los miembros de la colonia alemana. Sabemos que ese hombre que se aloja en casa del capitán Ripley es quien lo mueve todo y sobre él deben centrarse nuestros esfuerzos. No se duerman ustedes tampoco.

Mas por mucho que el teniente o el propio jefe del Servicio Secreto imaginaran lo que se proponía hacer Eric Kruning, ninguno acertaba. Y de ahí su confianza.

El teniente Harland se limitó a ordenar que se montara una vigilancia especial frente a la casa del capitán Ripley, atenta a sorprender cualquier suceso anormal.

Los dos hombres puestos en aquel servicio registraron, como primer acontecimiento, la llegada de Maureen, una Maureen sofocada y llena de preocupación. Antes, habían visto penetrar también en la casa a un tipejo desmedrado, a quien uno de los agentes identificó.

—Modrea. ¿Qué tendrá que hacer ahí?

Modrea también iba a saber. A pesar de su amor al dinero, comenzaba a inquietarse. Había leído en el periódico la reseña con la muerte del viejo Epstein, y él sabía quién era el asesino. Tenía el

dinero que robó Eric en su propio bolsillo.

Maureen llegó a tiempo de escuchar algo que la hizo tambalearse. Eric y su lugarteniente discutían en la habitación. El rumano se desplazaba continuamente de posición, hurtando su cuerpo a los ataques del alemán, cosa que enfurecía a éste.

—¡Sí, lo maté! —rugía—. ¿Qué te importa a ti eso? El día veinte nadie se atreverá a perseguirme por nada, y aceptarán cuantas condiciones dicte mi país. ¿Acaso no tienes tú el dinero?

No era esto lo que yo pensaba.

La rabia de Eric se emulsionó con una risa salvaje. Por suerte para Maureen hablaba en inglés y pudo enterarse de todo. Se resistía a creerlo y sus rodillas temblaban y cedían al peso del cuerpo. ¡Eric, un asesino!

—Sólo queda un día —proseguía Eric—. ¡Un día! Nada puede impedir que mi plan salga adelante. Y cuando ya esté todo hecho, me reiré de Inglaterra, y seré respetado y protegido por todos. ¡Y Alemania también!

La máscara se había roto. Y en lugar de surgir el príncipe rubio que esperaba Desdémona, Oteló se volvía aún más negro y horrible. El traidor Yago ya no podía detener aquella fuerza que había puesto en acción, y todo tocaba a su fin.

Pero Maureen quería saber toda la verdad. Y cometió una equivocación, una nueva equivocación. Escapando del desfallecimiento, reaccionando contra su horror, penetró en el cuarto.

Eric la vio y captó el estado en que estaba la joven. Modrea se alegró de su entrada, que le daba ocasión de escabullirse. Pero Eric le vigilaba también y corrió para interponerse en el camino de la puerta, dejándoles así encerrados y a merced suya.

—Eric, ¿por qué haces eso? —inquirió Maureen que había visto la maniobra—. ¡Oh, Eric, es horrible cuanto he oído! Dime que es mentira todo ello.

—¿Por qué habría de ser mentira? —Eric se arrancó las gafas y mostró los hirvientes ojos, la dura mirada que hería—. Ya es hora de que tú lo sepas también. Estoy seguro de que lo aprobarás y participarás en la empresa. Oye...

Los últimos trozos de la careta se desprendieron. Maureen se clavó las uñas en la palma de la mano para convencerse de que

estaba despierta. Y se convenció. Despierta entonces y soñando días atrás. Lo curioso era que parecía al revés.

—¡Oh, Eric, es espantoso! —fue lo que dijo. Y se desmayó.

No vio como Eric se inclinaba sobre ella, la levantaba en sus brazos y la besaba. Y tampoco cómo Modrea aprovechaba la ocasión y salía fuera del cuarto.

Tuvo que agradecer el estar sin conocimiento, porque así no sintió el golpe cuando el alemán la dejó caer para correr detrás del hombrecillo, al que alcanzó junto a la puerta y atenazó por el cuello.

Modrea, recordando lo que decía el periódico de lo ocurrido al viejo Epstein, no intentó luchar y se dejó conducir de nuevo al interior.

—No, amiguito. Nadie saldrá de aquí hasta que yo lo diga. No estoy dispuesto a que todo mi plan se venga abajo cuando ya falta tan poco.

—Exactamente, veinticuatro horas.

CAPÍTULO 8

Cuando Maureen abrió los ojos estaba ya limpia del sentimiento que le había inspirado Eric, y compenetrada con el horror de la situación.

Su miedo también había desaparecido y ocupaba su lugar una rabia tremenda. Dejándose llevar por ella, dijo a Eric cuanto pensaba de su persona y de su proyecto.

—Eres un loco —era lo que todos decían con unanimidad de criterio—. De nada te servirá cuanto has hecho. ¡Contra toda Inglaterra! ¿Y esperas conseguirlo?

Lanzó una risa de actriz de cuarta categoría, que se le cortó al ver la expresión de odio que tenía la cara de Eric.

—Está bien, jovencita —dijo el alemán—. Dentro de poco podrás decir esas mismas palabras. Entonces me divertirá que me llames tú o cualquiera, loco. Pero ahora, no.

Y dio a Maureen una bofetada. La joven comprendió el significado de las anteriores que había oído y en que su cuñada Karen actuó de receptora. ¡Karen! Ahora entendía también el porqué de su aspecto atormentado.

Mas ¿por qué no se lo dijo a ella? ¿La creyó confabulada con Eric? Debió ser aquello, porque Maureen dio muestras de ser así. Se despreciaba como a la más abyecta de las criaturas y se creía responsable de aquel crimen que había oído comentar con tanta indiferencia a Eric.

¡Pobre Davis! Desoyó sus advertencias y lo envió a la muerte. La tranquilizaba el que supiera la Policía que había desaparecido y estuviera buscándole, así como que investigara sobre el robo de los trajes. Seguro que evitarían aquel inicuo plan.

Eric llamó a Karen. Al verla aparecer, Maureen hubiera querido

escondese. Ella había contribuido al dolor que parecía sentir, acusándola de estar engañando a su marido... Algo no entendía y era el por qué Karen se había callado, por qué callaba siempre.

—Karen —la mujer se estremeció al ser aludida—. Quiero que no pierdas de vista a tu cuñada. Tú me respondes por ella. No debe salir de aquí ni hablar por teléfono con nadie. Para ello, es mejor que se quede en su cuarto encerrada... hasta mañana.

Karen oía con la cabeza inclinada.

—Mañana —añadió su ex marido— la ataremos y amordazaremos. Después... importa poco.

Obligó a que Maureen fuera a su cuarto y la dejó encerrada allí. Insistió con Karen.

—Tú me respondes de ella. Acuérdate de tu hijo.

Llevaba sujeto por un brazo al rumano, que le seguía con la actitud típica del zorro que finge permanecer indiferente hasta que da el salto.

Salió con él a la calle. Los dos agentes de Scotland Yard se dispusieron a seguirlos.

—Si se separan, iremos cada uno por nuestro lado.

Pero no se separaron. Aquel último día, Eric agudizaba todos sus sentidos. Sabía que era entonces cuando podía ocurrir algo que impidiera se cumplieran sus designios. Y temiendo que lo siguieran, se dispuso a burlar a sus perseguidores.

Tomó un taxi, lo dejó en Trafalgar Square, subió a otro del que se desprendió en Bimbury Circus. Entonces bajaron al Ferrocarril subterráneo, y volvieron hacia el West End. Y Eric se quitó las gafas.

Las idas y venidas duraron una hora. Y los agentes de Scotland Yard se despistaron, sobre todo al comprobar que regresaban a Wood Street y entraban en el portal de la casa.

Ocuparon sus posiciones en el bar, y nada más entrar en él, Eric y el rumano reaparecieron. Tomaron el mismo coche que les había llevado y que les esperaba en Milbank Street.

Los agentes no pudieron alcanzarlos y tuvieron que ver cómo desaparecían de su vista. Dieron poco más tarde con el «taxi», pero sin nadie en su interior.

Aquella tarde era la reunión decisiva. Antes de que llegaran sus compatriotas, Eric sostuvo una amable conversación con los

prisioneros. Los dos agentes del
F. B. I.

aparecían demacrados, con los ojos brillantes, y barbas de piratas.

—Vaya, amiguitos —se mofó el alemán—. Mañana será la gran función. Tal vez sea tan magnánimo que los deje libres después. Consultaré a mi gobierno sobre eso.

Era tan grotesca su postura que los dos yanquis se hubieran reído de no acordarse de lo que estaba detrás de todo aquello. Y tampoco replicaron. Sabían lo inútil que era.

Davis miraba al rumano con fijeza. ¿Sería tan estúpido aquel hombre que permitiera se realizara lo que tramaba el alemán? Algo en su actitud le hizo creer que el hombrecillo no estaba muy de acuerdo con la marcha de los acontecimientos. Sólo que Eric estaba al tanto de ello.

—No —su risa unía al sonido salvaje una nota de triunfo—. No. El no hará nada. Ya es tarde para arrepentirse. Pienso que les haga compañía.

El rumano tuvo un sobresalto. Y perdió la serenidad que había conservado a la espera de una ocasión para escapar. Un miedo atroz lo sumergió hasta las orejas.

Se soltó de un brusco tirón de la mano que lo sujetaba y echó a correr. Eric lo siguió, pero mientras corría había sacado la pistola del bolsillo.

Quizá hubiera conseguido el rumano escapar, de no haber tantos objetos que se atravesaban en su camino. Fue haciendo virajes hasta que tropezó con una lata volcada.

La superficie cilíndrica actuó de pistón propulsor y el cuerpo planeó hacia adelante. Su redondo y pequeño cráneo entró en contacto con la pared divisoria de aquella nave. Fue igual que si se cascara un huevo de avestruz.

Bien considerado, era la muerte que se merecía aquel extraordinario individuo.

El perro, que el tío de los hermanos Rusterif había cedido tan graciosamente a sus huéspedes para que los librara de la molestia de las ratas, se puso a ladrar junto al cuerpo sin vida del hombrecillo, con el mismo frenesí que lo hacía cuando cazaba a cualquiera de los furtivos animalejos.

Todo había sido rápido. Eric se llegó junto al cadáver y lo

examinó como si lo viera por primera vez.

Si no hubiese estado tan poseído de su idea tal vez el accidente le hubiera servido de aviso, mostrándole lo tenue y quebradizo del hilo que sujeta a la vida, pero en lugar de aquello le procuró una mayor confianza en sí mismo, ya que hasta los accidentes se ponían de su parte.

Registró los bolsillos de Modrea y le tomó el dinero que llevaba. Con él se dirigió a los hermanos Rusterif que habían presenciado la escena, anonadados.

—Tened —les metió el dinero por las narices—. Haced igual con él que con el otro.

Así se enteraron los dos agentes del
F. B. I.

de que había otro cadáver.

—Podréis quedaros con todo el dinero —concedió Eric con liberalidad—. Y recordad que mañana tenéis que ir con vuestra camioneta y esperar en el lugar que os indique.

Dedicó una mirada a los prisioneros, y riéndose se marchó hacia el lugar de la reunión. Pot le acompañó, y Howard se puso a la desagradable tarea de enrollar a su antiguo compinche en una cadena, atarle unos pesos y prepararlo para la inmersión en el río.

—Háblale, Davis, háblale —apremió Rogers.

—Oye, «gorila» —reclamó su atención Davis. El forzado marino clavó sus fríos ojos en ellos—. Estás a tiempo de librarte del peor peligro que has corrido en tu vida.

Howard suspendió su tarea y se aproximó a ellos.

—¿Qué peligro?

Se notaba el interés y la desconfianza en el tono con que preguntaba. Alan se lo indicó. Y la actitud del principio se mantuvo hasta el final.

Cuando el agente terminó, Howard, con una gran falta de lógica, relajó sus músculos y denegó con la cabeza, tranquilizado de repente.

—¡Ah! —exclamó—. Creí que era otra cosa.

—¡Animal! —rugió Davis, y tiró de sus ligaduras—. ¿Te das cuenta de lo que es?

—Claro que sí. Y por eso no me preocupo. Es una locura, y no hay quien se atreva a ello. Inventen otra cosa mejor y que se pueda

crear.

Y sin más discusión, cargó con el cadáver del rumano y se apartó. Los dos agentes se apartaron, sin decirle nada.

—Tiene razón. Es increíble, —reconoció al fin Davis.

—¡Pues es verdad! Y ese idiota...

El idiota, como si comentara un chiste del «Punch», se lo contaba a su hermano, que lo acompañó en la risa.

Estaban presenciando la ceremonia de entregar los trajes a cada uno de los alemanes que habían de llevarlos. Y a pesar de que el cuadro resultaba extravagante, ninguno de los dos hermanos lo asociaba con lo que acababa de oír. ¡Era tan inverosímil aquella historia!...

—Ya lo sabéis —arengaba Eric—, mañana es el día grande para Alemania. Que todos cumplan su deber. Y recordad bien las instrucciones.

Ninguno protestó. Sólo se había atrevido a oponerse Jospel, y fue eliminado cuando ya parecía arrancarlos de su estupor. Ahora estaba en algún hueco, debajo de donde ellos se encontraban, sirviendo de festín a los cangrejos y hasta puede que a ciertos peces.

Y se llevaron sus trajes sin reaccionar, sin decir nada.

* * *

—¿Por qué obedecéis? ¿Por qué no os rebeláis? —preguntaba Maureen contemplando con indignación la estática figura de su cuñada—. ¿Y por qué no me dejas salir?

—Te advertí que te apartaras de él —contestaba Karen.

Se hallaban en el cuarto de la primera. Y Maureen estudiaba la posibilidad de coger desprevenida a su cuñada que, con el consiguiente susto, empuñaba una pistola de su marido.

—Karen, eso ya ha pasado. La realidad es que nosotras podemos evitarlo. Yo no creo que tú lo veas con agrado, aunque pueda parecer que es por tu patria que lo hace.

—¡No hables así! Yo odio a ese hombre y lo que pretende hacer.

—¿Por qué le ayudas, entonces?

Karen respiraba fatigosamente, con aquella imposibilidad de llorar que aún hacía más insufrible su angustia.

—No tengo más remedio. Tú no sabes.

—Karen, es preciso detenerlo, avisar para que no pueda llevar a

cabo su locura. ¿No te das cuenta?

Imprimió un acento distinto a sus palabras para revelar el terrible secreto.

—¡Quiere raptar al hijo de la reina! Y lo hará si no intervenimos.

—¡No puedo, no puedo!

Karen había tirado la pistola y se sentó en la cama, tapándose la cara con las manos. Maureen corrió a su lado, cogió la pistola, dudó un momento y la dejó sobre su mesilla de noche. Luego se colocó junto a Karen y la abrazó.

—Vamos, querida, sé fuerte y cuéntame lo que te ocurre. Es mi hijo Maureen, mi hijo.

La historia llegó de los labios de Karen, al principio entrecortadamente, y con ilación después. Y cosa admirable, pudo llorar. Maureen la oía con simpatía y asombro.

—¡Oh, Karen! Yo no sabía... Ahora te comprendo... y te disculpo. Escucha, tú no has de intervenir para nada en esto. Lo que podría hacer que tomaran represalias contra tu hijo sería que tú no les ayudases, pero nada le harán si te quedas a un lado. Yo iré y daré el aviso.

—¡No!

Karen se puso en pie, y Maureen retrocedió, alarmada. La alemana había recobrado la calma, y su hermosa cara, bañada por las lágrimas, estaba más limpia, más desnuda que nunca.

—No, Maureen. He estado resistiéndome, aguantando hasta el último momento, en espera de que ocurriera algo que lo arreglara todo, pero ahora sé lo que he de hacer. Tal vez... —vaciló y se cortó—, tal vez si fuera a atentar contra la reina, dejaría que se realizara.

—¡Karen!

—No lo niego. Pero sé lo que padecería si le quitaran a su hijo, lo sé, porque lo padezco yo. Se lo diré a Walter, Maureen y él tomará las medidas que sean.

—Pero Walter no viene esta noche aquí, Karen. Está en palacio, y ha de ir de escolta.

—Iré a verle y se lo contaré todo.

Maureen estrechó entre los brazos a su cuñada. Como mujer se daba cuenta de la magnitud de su sacrificio.

—Iremos las dos juntas —afirmó—. Y después, que pase lo que pase.

Iban a salir del cuarto, pero Maureen giró y recogió la pistola.

—Tal vez tengamos que utilizarla —explicó—. Posiblemente regrese Eric y querrá impedir que demos este paso.

Karen no dijo nada, pero echó a caminar decidida. Caroline, la doncella, se había ido a su casa con un permiso que le dio la propia Karen, al objeto de que no hubiera nadie que pudiera darse cuenta de lo que ocurría.

Mas cuando fueron a franquear la puerta de la vivienda, Maureen retuvo a la otra mujer por un brazo, y susurró:

—No podemos salir, hay un hombre vigilando.

Lo que era auténtico. Porque Eric había supuesto que las mujeres llegaran a ponerse de acuerdo y desearan escapar para dar aviso a la Policía.

Y envió a Howard con el encargo de vigilar e impedir que se fugaran. Y le dio también otra orden, que sirvió para que la idea que tuvo Maureen de telefonear se desvaneciera.

—¿Qué hacemos? —preguntó Karen que, aunque mayor, era la menos fuerte.

—¡Han cortado la línea del teléfono! Tendremos que salir de aquí de una forma o de otra, Karen. Si es preciso...

Y amarilló la pistola. Karen se estremeció. Pero Maureen descubrió otra cosa. Y era que la pistola no llevaba cargador ni ninguna clase de proyectil en su interior.

—Pero querida, ¿qué pensabas hacer con esto?

—No sé —contestó, muy apurada, Karen—. Walter la tenía en un cajón de su mesa. Hace mucho que la vi allí.

—¡Claro! Ésa es la pistola «Stern» que le regaló un cabo alemán prisionero como recuerdo de guerra. ¿No hay alguna otra en casa?

—No.

Maureen dejó oír una maldición que hubiera hecho sonrojarse a sus antepasados del clan escocés. Y tuvo que confesarse que la situación era comprometida. De pronto, se decidió.

—Karen, no podemos perder más tiempo. Escucha, veré si puedo engañar a ese hombre. Le diré que me lleve a ver a Eric, pues tengo algo urgente que comunicarle. Si accede, tú aprovechas y buscas a Walter.

Karen asintió, y su cuñada, de nuevo arrastrada por su condición literaria y escocesa, se lanzó a la aventura.

Se había hecho de noche. Wood Street no estaba muy iluminada, condición que le es propia a casi todas las calles cortas de Londres.

En compensación, se veía la esfera luminosa del Big Ben, y, más allá, las luces de la estación de Waterloo, al otro lado del río.

Howard se puso en pie, pues estaba sentado en la escalera, al aparecer Maureen. La joven se le acercó, proyectando una sonrisa brillante y seductora.

—No se puede salir —repitió el «gorila» la orden que le habían dado—. No, hasta mañana.

—Yo no quiero salir. ¿Cómo se le ha ocurrido esa idea? Pero necesito comunicar algo muy urgente al huésped que tenemos en casa, el que lleva las gafas oscuras.

Aquello desconcertó la simple mentalidad de Howard. Observó, desconcertado, a Maureen.

—Como parece que usted se halla a su servicio..., podría ir y darle el recado...

Una sonrisa distendió los duros labios del marinero. Allí estaba la argucia. Pero Maureen efectuó un cambio de ataque:

—... o llevarme a donde esté.

Aquello no había sido previsto. Howard intentó reflexionar, pero el esfuerzo le hizo sentir un dolor agudo en el occipital. Toda aquella parte la tenía enmohecida por falta de funcionamiento.

Lo más sencillo hubiera sido no hacer caso y limitarse a cumplir estrictamente lo que le ordenaron, pero tratándose de algo que se refería y podía ser de interés para el mismo hombre que le había encargado estar allí, la cuestión variaba.

Y tomó la decisión que ya esperaba Maureen.

—Está bien, iremos en su busca.

No estaba muy seguro de portarse bien, mas le parecía la mejor solución. No abandonaba la vigilancia que le habían encomendado, y comprobaba si lo del aviso era cierto. Y si no lo era... La mirada que deslizó sobre Maureen era elocuente.

La joven llevaba la pistola guardada en el bolso. No acertaba con la utilidad que podía reportarle descargada. Y como arma se había provisto de un puñalito que un amigo le regaló por su cumpleaños y que trajo de la India.

Se lo colocó en la axila, pues la funda llevaba una correílla que se adaptaba a ella.

Subieron a un taxi. Y como la conversación y la salida se desarrollaron tan suavemente, y Maureen sonreía de una forma tan agradable, los dos agentes de Scotland Yard que vigilaban la casa dedujeron que aquel hombre era el novio de la joven, y que el gesto de enfado de Howard era natural por el tiempo que esperaba.

Y no creyeron oportuno el seguirlos. Vigilar a una pareja es trabajo poco grato para un policía. A veces han de ser testigos de ciertas cosas...

—Las mujeres continúan siendo un misterio para mí —opinó el más joven de los agentes—. ¿Cómo es posible que una joven tan bella y tan fina vaya con ese bruto?

—Ponte en su caso. A nosotros nos agradan las mujeres cuanto más delicadas y suaves, mejor. Es justo que a ellas les pase lo contrario.

La observación sumió a su compañero en una terrible especulación mental.

El taxi que los conducía dejó a Maureen y a su guardián en una calle cercana al almacén. Dentro de su torpeza mental, Howard poseía cierta astucia, y llevó a la joven dando vueltas por entre aquellos barracones y edificios casi a oscuras. Desde luego, ella hubiera sido incapaz por sí sola de encontrar aquel sitio.

Eric se encontraba despierto, paseando por la nave donde se reunían. Su exaltación mental había llegado al máximo, ya que presentía el choque próximo con la realidad, un choque que él pretendía haber influido de tal manera que se resolviera a su favor.

Había conjurado todos los peligros, y ya sólo faltaban unas horas para que se produjese el acontecimiento más extraordinario de la época, el rapto del duque de Cornwall, el heredero del trono.

No reconoció las figuras que se aproximaban hasta que las tuvo delante. Entonces pasaron del plan ideal en que las había movido en su cerebro, al material y directo de ocupar un espacio frente a él.

—Ella me dijo... —empezó Howard.

—¡Imbécil! —tronó el alemán, cortándole y haciéndole dar un salto—. ¿Por qué has venido?

—Es que ella me dijo...

—¿Qué? ¡Vamos, termina!

A Maureen le dio por reír al observar el apuro y tribulación del marinero. Y éste le echó una mirada furibunda.

—Dijo que tenía un recado urgente para usted.

—¿Un recado?

—Sí —intervino Maureen, aún con ciertas escurridas de risa en las comisuras de los labios—. Quería decirte que tu plan se ha derrumbado.

El corazón de Howard se encogió y sintió un gran peso en el estómago. Eric saltó hacia él y le adjudicó una bofetada que el gigante aguantó impertérrito. Y con un elemental sentido de la justicia, estimó que la tenía merecida.

—¡Átala! Llévala con los otros. ¡Pronto! —ordenó Eric.

Howard se movió hacia Maureen. Entonces la joven se acordó de la pistola y la hizo aparecer. El gigante se detuvo y miró, indeciso, hacia el alemán.

—Un paso que des, y me entretengo en agujerearte. Y en ti es difícil no hacer blanco —manifestó con truculencia, Maureen, recordando escenas parecidas de películas.

Le asombró el poder que representaba un arma, ya que los dos hombres se estuvieron quietos y en silencio.

Sólo cuando estaba a un paso de ella, Maureen supo que se callaban porque Pot había aparecido y se acercaba silenciosamente.

El susto que le produjo el contacto de aquel cuerpo contra el suyo, y ver asomar una enorme mano que sujetaba la pistola al tiempo que la otra le tapaba la cara, y aún sobraba mano, fue tan intenso que se desmayó.

Eric comenzó a barbotar:

—¡Bestia! Te ha engañado como a un chiquillo. Todo se ha estropeado por tu culpa...

Y así durante diez minutos. Howard soportaba la reprimenda con aspecto compungido. Más Pot era menos dócil.

—¡Basta ya! —pronunció, secamente—. Lo ha engañado, pero ella está aquí y no ha pasado nada.

—Los habrán seguido. Sabrán dónde estamos.

Pot guiñó significativamente a su hermano.

—Howard les habrá despistado. En estos muelles no hay policía capaz de encontrarnos. Bueno, ¿qué se hace con ella?

Por suerte, no era Howard quien tenía que decidir.

—Llévala junto a los otros y atadla.

Eric se tranquilizaba. Sí, tenía razón el corpulento Pot. Hasta allí

no era fácil que les hubieran seguido. Y seguro que la joven confiaba en la sorpresa y en la pistola que empuñaba.

Tal vez hubiera sido mejor así. Habría engañado y dominado a Karen, pero eso ya no tenía importancia. Cuando llegara la mañana, él iría en su busca y la libertaría, en el supuesto de que Maureen la hubiese dejado encerrada.

Se absorbió otra vez en la representación de lo que ocurriría al día siguiente y en un futuro muy próximo, cuando Alemania volviera a estar sobre todas las demás naciones.

Los hermanos Rusterif transportaron el cuerpo de Maureen a la nave en que estaban prisioneros los dos agentes del F. B. I.

La dejaron en el suelo, y Pot fue a buscar correas para sujetarla.

—¡Santo Dios! Está muerta —se lamentó Elmer.

—Sólo desvanecida. ¡Brava muchacha! Ya sabía yo que no podía estar aliada con ese loco —exclamó con un entusiasmo impropio de su situación, «el hombre que no ríe».

Regresó el coloso, y ataron a Maureen igual que a ellos, sujetándola a la pared. Y se marcharon.

Fue entonces cuando ambos agentes se dieron cuenta de un hecho extraordinario. Y era que, al cambiarla de sitio, de su cuerpo se había desprendido una cosa, un objeto brillante que no fue visto por los hermanos y que identificó Elmer, que tenía una vista excelente. Consistía en un agudo estilete.

El «Dachs-hund» oliscaba a Maureen. Se cansó y empezó a corretear por la nave. Comprobó que los dos hombres sujetos a la pared miraban con gran excitación hacia un punto y se llegó allí.

Le pareció divertido el aspecto del puñalito, e intentó levantarlo con la boca. Se cortó y le ladró con rabia, y otra vez trató de sujetarlo con los dientes, aunque esta vez por el mango.

—¡Maldito perro! —tartamudeó Elmer.

—Déjalo. Es la única posibilidad de que venga ese puñal a nuestro lado. Lo que hemos de hacer es chistar al perro para que se acerque.

Y así fue que cuando Maureen abrió los ojos, presenció un espectáculo que estuvo en un tris que no se los hiciera cerrar otra vez, convencida de haberse vuelto loca.

Porque aquellos dos barbudos representantes de la Ley se

esforzaban, por turno y empleando las expresiones más dulces del idioma, en atraer al perrito que, como dándose cuenta, jugaba a mirarlos, menear el rabo y dirigirse a todos los sitios menos a donde ellos querían.

CAPÍTULO 9

Aquella noche, Karen se decidió a ir al encuentro de su marido. Conforme se dirigía hacia palacio, pensaba en su hijo, allá en Alemania, y le entró una congoja, una pesadumbre tan grande, que le pareció estar de nuevo bajo las bombas, en los días aciagos de la guerra.

Pero venció al deseo de volverse, de no hacer nada que fuera contra aquel hijo. No podía privar a otra madre del suyo para salvarlo.

Una vez que su cuñada se marchó con el guardián, Karen esperó su oportunidad. Temía que alguien más hubiera quedado vigilando la casa.

Aprovechó el momento en que un camión cruzaba la calleja, para salir y deslizarse por la acera. Desde luego, los dos agentes no estaban de suerte, ya que no se dieron cuenta de tal fuga.

Karen llegó frente al palacio de Buckingham y se dispuso a cumplir con su dolorosa obligación. Un marido por otro marido, y un hijo por otro, el hijo de otra mujer, aunque fuese reina.

Pero no contó con las singulares circunstancias que presiden la vida real inglesa. Tratar de acercarse a alguien en palacio era tan difícil como identificar un grano de trigo en un almiar.

Y descubrió horrorizada, que nadie la paraba y que se movía por aquellas dependencias con absoluta tranquilidad. Fue ella quien detuvo a un regio mayordomo y le preguntó por el lugar donde pudiera hallarse su marido.

—Eso lo sabrá usted mejor, *madame* —contestó el mayordomo sin detenerse, con auténtica sorna británica.

Y Karen recorrió otras cuantas estancias, subió y bajó escalinatas, y hasta en un pasillo se cruzó con el duque de

Edimburgo, que le hizo un saludo, confundiéndola, sin duda, con cualquiera de las damas de honor de su esposa.

Esto puede parecer absurdo e inverosímil, pero es rigurosamente cierto. Y no debe extrañar, porque el inglés es el pueblo más confiado de la tierra, y lo fía todo a la educación de sus ciudadanos.

Su eficiente Policía es también la más considerada y respetuosa, y sólo hace uso de la violencia en casos extremos. Y los mismos guardias de los regimientos de la reina, los Coldstream, Scots, Irish, Walsh y Grenadier, llevan las armas sin munición, y para cualquier accidente han de recurrir a los policías.

Lo cierto fue que Karen salió del palacio de igual forma que entró y estuvo dando vueltas por los alrededores hasta que se dejó caer rendida en un banco de Saint

James's

Park. Su marido no estaba en palacio, o ella no había sabido encontrarlo. Lloró de desesperación.

Hasta que se acordó de que tal vez estuviese en Malborough House, la residencia de la reina Mary, en donde otras veces había prestado servicio.

Mas no tuvo necesidad de ir tan lejos. Vio subir por el Mall a un grupo de granaderos con un oficial a la cabeza. Marchaban en dirección a palacio. Karen corrió hacia ellos, pues había reconocido a su marido en el oficial.

Walter no se asombró mucho al ver a su mujer, que se le echaba en brazos al tiempo que le decía:

—¡Oh Walt! Te he echado tanto de menos...

Prueba de la disciplina de los hombres que componen la Guardia de la Reina, era que ninguno de aquéllos se permitió siquiera sonreír. A lo sumo, hubo quien se volcó el morrión de pelo de oso más hacia los ojos.

—Vamos, querida, dime qué te ocurre. Hace días que te veo preocupada. —Walter le acariciaba el cabello cariñosamente, mientras le hablaba—. Ven, siéntate aquí conmigo.

Dio unas órdenes y puso a sus hombres en posición de descanso, alejándose de ellos unas cien yardas y ocupando con Karen un banco.

—Walt, es espantoso lo que ocurre.

—Ya lo sé, querida. Pero mañana terminará todo y podremos

reanudar nuestra vida como siempre. Estos días no he estado mucho contigo.

—¡Oh Walter, no es eso!

—Dime lo que sea, querida.

Karen empezó a relatar aquella curiosa historia, y Walter la miró con tal sospecha de que estuviera loca, que su mujer gritó:

—Walter, tienes que hacerme caso. ¡Es verdad lo que te digo! Quieren raptar al hijo de la reina, y lo harán si no avisas para que estén prevenidos. Yo misma he podido entrar en palacio con toda tranquilidad y he llegado hasta cerca de las habitaciones en que duerme la reina.

Walter miró impaciente a su alrededor. Desde luego, no creía la historia, y tras oír aquello último, menos. Suponía a su mujer delirando, lo que le llenaba de inquietud.

—Tranquilízate, Karen, tranquilízate. No sucederá nada. ¿Y Maureen? ¿Por qué no está contigo?

Ella se fue con el hombre que nos había puesto para vigilarnos.

De nuevo recogió la alarmada expresión de su esposo, que en aquel momento creyó ver la salvación al reconocer a un policía de los en servicio en palacio.

Lo llamó y habló con él unos momentos, señalando a Karen, que se dio cuenta de que no la había creído y estaba seguro de que se encontraba mal.

Walter se acercó a ella y la levantó.

—Karen, vida mía, no puedo atenderte ahora. He de estar necesariamente en palacio. El sargento Grove, de Scotland Yard, te acompañará a casa. Y no te preocupes. Ya verás cómo no pasa nada.

Karen no quiso responderle. Comprendía la inutilidad de una discusión y su falta de oportunidad. Recibió el beso de su marido con indiferencia. Y se apartó de él, llevando al sargento Grove al lado.

El sargento tenía aspecto de buen padre de familia, y la aconsejó, campechanamente:

—Procure dormir un poco, señora. El insomnio es mala cosa.

Enfilaron hacia el Embankment, rodeando el parque, y entraron cerca de la abadía. Y allí, en la plaza, Karen distinguió la amenazadora figura de Eric. Se paró, sujetando al policía, que la examinó con suspicacia.

—Escuche, sargento. No podemos ir hacia adelante.

—¿Por qué, señora?

—Aquellos hombres, sargento... Es preciso que me lleve a hablar con sus jefes. Tengo que decir algo muy importante.

Grove miró en la dirección que ella le señalaba, pero Eric se había esfumado, y con él Pot, que le iba dando escolta. El policía meneó la cabeza reprobatoriamente.

—Es mejor, señora, que vayamos a su casa. Allí dice su marido que la atenderán. Está su cuñada...

—Sargento. —Karen se plantó resueltamente delante de él—, si no me lleva usted a quien pueda contar determinada información urgente, para que tome las medidas precisas, lo haré responsable de lo que suceda.

Aquello sonó muy fuerte en los oídos del sargento Grove.

—Pero su marido...

—Mi marido no está al tanto de esa información. Con que usted verá lo que hace.

Y el sargento hizo lo que todo mortal en este valle de lágrimas: quitarse responsabilidades.

—La llevaré a presencia del teniente Harland.

Fue providencial que lo hiciera así. Porque Eric estaba decidido a que no tuviera ninguna otra ocasión de contar aquello. Al ver que se iba con el policía, no pensó que fuera por su gusto, sino que la llevaban detenida.

«No dirá nada», meditó.

Confiaba en el temor que Karen sentía por lo que pudiera sucederle a su hijo.

Karen, en Scotland Yard, notó que el teniente Harland daba crédito a su historia. Y eso la animó a no omitir detalle. Eran las dos de la madrugada.

El teniente Harland despidió a Karen, haciendo que la acompañara un policía. Y con otro grupo de agentes se marchó a Palacio para disponer la recepción de los guardias de pega.

Pero antes llamó al Intelligence Service y lo puso en antecedentes sobre el posible destino de los dos agentes del F. B. I.

americano.

Aunque las conjeturas que el Servicio Secreto pudiera hacer

sobre su suerte no tenían correspondencia con la realidad. De haberlos podido ver, es posible que no se dramatizara tanto, ya que Alan Davis, Elmer Rogers y ahora Maureen porfiaban al unísono porque el maldito perro ratonero se acercara a ellos con el cortante cuchillito en la boca.

Consecuencia de estarle gritando los tres fue que el perro se tumbara en el suelo frente a ellos y los contemplara con regocijo, imprimiendo a su corto rabo un movimiento de burla.

—¡Por favor, callaos! —gritó, exasperada, la joven. Los dos hombres la miraron con expresión alelada—. ¿No comprendéis que el perro no puede hacer caso a los tres al mismo tiempo?

Davis estuvo tentado de preguntarle por qué no era ella la que se callaba, pero lo pensó mejor. Tal vez el perro, pues era perro, se sintiera más atraído por una voz femenina.

Y, además, había otra razón para que callara, y era que no tenía fuerzas para discutir. Igual le pasaba a Elmer, que se dejó caer en su rincón y hundió la cabeza entre las rodillas. Maureen reanudó sus llamadas, y el perro se levantó sobre sus patas y se acercó. David detuvo su respiración.

Estaba a medio metro escaso de ella, cuando hizo su aparición el viejo que les llevaba la comida. Ninguna razón tenía para entrar en aquel momento, excepto ser materialización del Destino cruel.

El perro suspendió todo interés en el juego y se lanzó a su encuentro, llevando el puñalito en la boca. El viejo se lo quitó de allí y lo examinó con curiosidad.

No pareció notar el desencanto de sus huéspedes forzosos. Se guardó el trofeo, con el aire estólido de quien da por firme que cuanto está en su terreno es suyo.

—¡Agua!... —gimió Elmer, entonces. Y levantó la cabeza. Al darse cuenta de que era el viejo, cambió el tono flojo, de agonizante, por un retumbante vozarrón—: ¡Agua!

Dio una patada al cacharro que tenía al lado. El viejo asintió y fue a recoger el pote. Entró en la demarcación del agente. Y se inclinó. Elmer le disparó un puntapié que le hizo a él sentarse.

El viejo recibió la patada en el estómago y cayó, con el último pensamiento de que no volvería a digerir ninguna clase de alimentos. Elmer se precipitó sobre él, efectuó un rápido registro y tuvo en su poder el arma libertadora.

Cortó la correa que lo sujetaba a la pared y corrió a hacer igual con la de su compañero.

Y después lo desembarazó de las ligaduras de las manos, y recíprocamente.

—Davis... —llamó, con acento implorante, Maureen.

El agente dudó y después se acercó a ella.

La estrechó entre los brazos, sin que por estar atada pudiera defenderse, y la besó con furia. Luego la libertó.

—¡Gracias! —dijo Maureen, tan inconsecuente como siempre.

—¡Démonos prisa! —apremió Elmer, y se dirigieron a la salida.

Quedaba por obviar algo más serio. Como en toda cueva que se aprecie, aquélla tenía su ciclope que no dejaba salir a nadie.

El corpulento Howard se levantó de un salto del camastro en que dormitaba, profirió una maldición, que le salió redonda y se desprendió de su boca como un alud, y se lanzó a impedir la fuga.

Del primer golpe eliminó a Elmer, que poseía un reflejo equivocado de sus energías, tras haber permanecido en cautiverio. Y se enfrentó el «gorila» con Davis.

El agente burló dos de los ataques y asestó una tremenda patada, pero no hizo efecto. Davis no quiso incurrir en el defecto de su compañero, se percataba de su debilidad.

Y por tal motivo corrió hacia un montón de fardos sobre los que había visto una corta cadena. Howard fue tras él con el empuje irreflexivo de un rinoceronte. Davis se encaramó al montón de sacos y se hizo con la cadena, que blandió como los antiguos gladiadores la maza.

Pero la inestabilidad de las cosas humanas, y sobre todo de los fardos de mercancías, hizo que sus ilusiones se derrumbaran al tiempo que él.

El empujón de Howard había sido la causa. Rodaron por el suelo paquetes y hombres y Howard se instaló sobre el pecho del agente y rodeó con sus manazas el cuello de éste.

Davis se retorció, golpeó con los pies los costados de su adversario y con sus manos intentó separar las del otro. Pero no lo consiguió, y aceptó, con una resignación sombría, el futuro que se avecinaba.

De pronto, la cara de su enemigo perdió la expresión homicida, y la presión de las manos se aflojó. Y Howard se dobló con suavidad

a un lado, permaneciendo acostado y con la boca abierta.

De pie, y empuñando un trozo de viga que Davis no trató de saber de dónde la había sacado, estaba Maureen, con su arrogante figura, como la de Némesis, dispuesta a repetir el golpe.

Davis se incorporó y fue al sitio donde había caído su amigo. Lo encontró tratando de levantarse. Le ayudó, y juntos los tres salieron al puerto.

Eran las diez de la mañana. Lloviznaba y a intervalos granizaba.

Tras sus gafas oscuras, Eric estaba impaciente porque la reina saliera de palacio y se dirigiera con su guardia a la recepción aquélla. Se iba acercando el momento.

Eric se deslizó al punto que había señalado para reunirse con sus hombres. Los vio. Estaban uniformados con los trajes de guardias y se apresaron a entrar en palacio.

Las gentes les abrían paso y los miraban con simpatía, tomándolos por auténticos guardias de la reina. Una sola cosa inquietaba a Eric, y era la parte que habría de desempeñar Karen. Si la habían detenido, no podría llevarse a cabo el que ella se hiciera cargo del príncipe.

No importaba. Lo trasladarían al almacén aquél y ya lo sacarían de allí para llevarlo a Alemania. Para los alemanes no existía nada imposible. ¿No sacó Scorzeny al Duce de su prisión? Por lo pronto, Pot esperaba en el lugar indicado, con la «rubia».

La reina ya no tardaría en aparecer. El momento culminante se acercaba. Los fingidos guardias se movían con precisión y perfecto conocimiento del terreno. Pero sus rostros contrastaban con los de los verdaderos.

Estaban serios y preocupados, sintiéndose protagonistas de una aventura grotesca y terrible, y como separados por una materia viscosa de toda la gente.

Por fin, la reina hizo su aparición.

En aquel momento, y como si también formase parte del espectáculo, junto a los guardias falsos se situaron unos hombres de paisano. En breves segundos estuvieron reducidos.

Ninguno opuso resistencia y los policías sorprendieron más de un suspiro de satisfacción.

La carroza real se puso en movimiento hacia Westminster. Desde una ventana, el príncipe Charles veía con ayuda de unos anteojos, la

partida de su madre.

Eric miraba en aquella dirección. Luego buscó a sus compatriotas. Y encontró, oponiéndose a su visión, un grupo de personas que le hicieron comprender que su plan había fracasado.

Avanzaban hacia él dos hombres y una mujer. Ellos con trajes estropeados, barbudos, y Maureen como si no quisiera perderse aquel momento por nada de esta vida. Eric echó a correr.

Alan Davis había perdido mucho peso en prisión y, además, sentía sus pies ligeros, como en una competición olímpica. Y se tiró a las piernas del fugitivo, con perfecta técnica. Cayeron, y a Eric se le rompieron las gafas.

Los dos hombres se enredaron a golpes, a puñetazos de todas las marcas y estilos. No como un ser racional, sino como una fiera golpeaba Davis al alemán. Trataba de contenerse, de ser el hombre frío de siempre, pero cuando le separaron de su enemigo éste ya era una piltrafa, aunque vivía.

* * *

La pesadilla había terminado. Eric Kruning, el agente de un pasado nefasto, quedó reducido a su condición de loco, residuo de la locura de todo un pueblo.

Y los agentes del

F. B. I.,

así como los del Intelligence Service y todos cuantos conocían el disparatado proyecto, se alegraron.

Unos días más tarde hubo una entrevista en casa del capitán Walter Ripley. Alan Davis, afeitado y repuesto, informaba a la familia.

—Ese hombre ha muerto. Le falló el corazón. Los médicos aseguran que la excesiva tensión en que había vivido los últimos tiempos precipitó su muerte. En realidad...

Hizo una pausa y contempló el bello rostro de Karen que, sin hablar, parecía estar preguntando por su hijo.

—... en realidad, siempre estuvo muerto, Karen. Montó una farsa de fantasmas, porque era un fantasma él mismo. Volvió trastornado del frente, con una herida en la cabeza, y durante el largo tiempo que permaneció en el hospital urdió ese monstruoso plan. Allí fue también donde se enteró de todas las circunstancias de

tu caso, Karen, y quiso aprovecharse de él.

—¿No era mi marido, entonces?

—No. Tu marido murió, Karen, y...

La mujer pareció encogerse. Walter la apretó contra sí.

—Valor, querida. Es preferible eso a tener una ilusión falsa. Tú sabes cómo te quiero. Y existen muchos hijos, que perdieron entonces a sus padres, o de los que la guerra priva de un hogar. Justo es que nos compensemos unos a otros.

Karen se sobrepuso. Y a través de sus lágrimas surgió una sonrisa, como un arco iris de paz conyugal.

—Sí, querido —pronunció—. Yo también me contagié de esa locura, aunque segura de que todo era mentira. Pero ya ha pasado todo.

Maureen se aproximó a Davis.

—Siento mucho que... —inició una disculpa.

Pero el agente parecía haberse purificado con la desaparición de aquel brote terrible de la pesadilla que asoló al mundo durante años. Y la cogió por el talle y la besó, en la más pura línea de los personajes de Walter Scott.

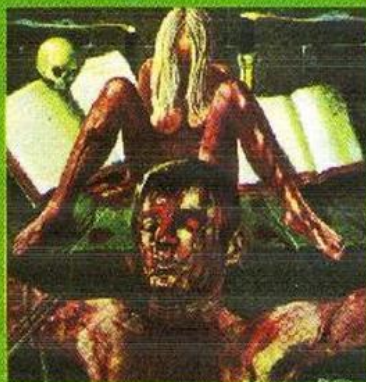
La carroza real devolvía la reina a palacio tras haber estado en otra recepción, un baile, una premier, la entrega de unos premios.

La carroza de la Historia continuaba su marcha, infatigables los corceles blancos y negros del Destino.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

APASIONANTES
TEMAS
PARA EL
MUNDO
DE HOY



Sadismo
Los templarios
La honorable trata
Lujuria, erotismo
y pornografía
Homosexuales
y lesbianas

Pídalas en su kiosko habitual



Distribuidores exclusivos en América
EDITORIAL AMERICA, S.A.
6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. **25 PTS.**

Notas

[1] Cárcel donde suelen ser ejecutados los delincuentes en Londres.
(N. del E.). < <